Folleto
327.7291073
R01
T

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

75

TRADICION ANTIMPERIALISTA DE NUESTRA HISTORIA

POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

Gobierno Revolucionario
Consejo Provincial de Cultura de La Habana

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD
DE
LA HABANA
1 9 6 2
AÑO DE LA PLANIFICACION

TRADICION ANTIMPERIALISTA
DE
NUESTRA HISTORIA

[illegible]
[illegible] 1434 [illegible]
[illegible]/[illegible]

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

75

TRADICION ANTIMPERIALISTA DE NUESTRA HISTORIA

POR

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING
HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA PUBLICA R. M. VILLENA
LA HABANA VIEJA

MINISTERIO DE HACIENDA
REPUBLICA DE CUBA
BIBLIOTECA
Año de la Planificación

Gobierno Revolucionario
Consejo Provincial de Cultura de La Habana

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD
DE
LA HABANA
1 9 6 2
AÑO DE LA PLANIFICACION

NO CIRCULANTE

Donado por: Academia de la Historia No 4626
Fecha; Oct/62

PROCEDENCIA Fondo Antiguo.
H-59451 $0.60
FECHA 940309

FOLLETO
327.7291073
Roig
T
ej1

NOTA PRELIMINAR

A fines del año pasado y principios del actual, el Sindicato Nacional de Trabajadores Gastronómicos organizó una serie de conferencias destinadas a ofrecer al público un breve estudio sobre diversos aspectos de la lucha cubana por llegar a plenitud de independencia nacional, así en lo económico como en lo político, y de justicia y progreso social; y nos hizo el honor de incluirnos entre los participantes en aquel ciclo. Escogimos un tema referente a una faceta que consideramos factor de primerísima importancia en la realidad de nuestra patria, y que siempre nos ha apasionado. Titulamos nuestro trabajo: *Tradición antimperialista de nuestra historia,* y pusimos manos a la obra; pero, como hemos dicho, el asunto es para nosotros del más vivo interés, y muy pronto habíamos sobrepasado, y con creces, los límites que nos imponía estrictamente el tiempo de la charla o lectura, que habría de ser, como todas las de la serie, televisada. ¡Eran ciento catorce cuartillas, y sólo podrían leerse treinta y cinco! Fué preciso reducir el texto, resumirlo, cortarlo a veces, y en esta forma fué leído en la noche del 31 de enero de 1962 en el lugar escogido para el desarrollo de estas conferencias, el salón de actos del edificio de la Gran Logia Masónica de la Isla de Cuba, en Avenida de Carlos III y Avenida del Padre Varela, y luego publicado en el folleto *Ocho conferencias revolucionarias,* editado por el propio Sindicato Nacional de Trabajadores Gastronómicos, que recoge todas las disertaciones ofrecidas en aquella serie.

Pero como consideramos que nunca puede ser excesiva la divulgación de un aspecto tan vital de nuestra vida colectiva, verdadera tónica del desarrollo de la genuina cubanía, ofrecemos de nuevo al pueblo de Cuba, ahora en su texto original completo, nuestra visión de la *Tradición antimperialista de nuestra historia.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.
Historiador de la Ciudad de La Habana.

[illegible]
[illegible]
[illegible]

I

RAICES DE NUESTRO ANTIMPERIALISMO

El antimperialismo es la palabra que está hoy en labios de todos; el antimperialismo, como postulado esencial, imprescindible para la realización de la justicia social tanto como para el logro de la verdadera independencia, es doctrina básica de la Revolución. Pero es aún mucho más: la verdad es que, del 1º de enero de 1959 en adelante, el antimperialismo es infinitamente más que palabra y que doctrina; es móvil de la actuación que no podemos exactamente llamar gubernamental sino reconociendo que entre nosotros es hecho patente lo que en tantísimos otros países no es sino la más descarada y cruel de las ficciones: que el gobierno es el órgano y la voluntad en acción de las masas populares; el antimperialismo es la norma que cada día el pueblo nuestro ha ido convirtiendo en más amplia realidad viva; y si Cuba está viviendo a plenitud en su estatura heroica, si los ojos del mundo entero están fijos en ella con admirada sorpresa es porque, pequeña y aparentemente atada por supuestas fatalidades geográficas e históricas al más poderoso de todos los imperialismos que hasta ahora se han alzado para sojuzgar a los pueblos, ha levantado la bandera antimperialista, y cada día de su existir es un desafío antimperialista, y, entre todas las naciones, ocupa hoy la vanguardia en la lucha antimperialista.

Pero no es creación de hoy el antimperialismo en Cuba. En antimperialismo, como en tantas otras cosas que hoy integran la fisonomía de la nación, la Revolución no ha hecho sino ahondar en la cantera viva de nuestro pueblo y sacar a plena luz sus verdades, sus problemas, sus ansias, que todo un conjunto de falsas superestructuras se empeñaba en ocultar o asfixiar. Pues la verdadera Cuba ha sido siempre, diríamos que por ley de su propia vida, antimperialista; más antimperialista desde lo hondo, desde la *raíz*, que muchísimos otros pueblos del mundo. Y, ¿por qué? Por la misma razón que en general se nos presenta para explicarnos el desarrollo de las ideas y de los acontecimientos a lo largo de la historia: porque existían, como base y como impulso *incontrovertible*, las *condiciones objetivas* que suscitaban el antimpe-

rialismo, porque pudiera decirse que aún lo imponían como ley de la vida nacional. En efecto: no creemos que entre las naciones de hoy haya sufrido ninguna más que Cuba a manos del imperialismo. Porque si ahondamos en su pasado, no solamente no encontramos ni un solo vestigio de dominio de Cuba sobre otros pueblos, que pudiera dejar, aun subconscientemente, una nostalgia de los supuestos bienes que el imperialismo otorga a los que más que sus hijos son sus instrumentos, o una comprensión, por leve que fuese, de la motivación imperialista; sino que ni un solo momento, a lo largo de su historia, ha dejado el pueblo de Cuba, hasta aquí, de ser víctima del imperialismo; y víctima en la que se ensañó con especial crudeza y falsía, sin dejarle un momento de respiro, y queriendo arrebatarle, no solamente todos los bienes materiales, base del progreso, sino hasta el sentimiento de su propia dignidad, la fe en sí mismo, resorte de todo mejoramiento, al fingirle que no había sido capaz de conquistar por sí solo su propia libertad. Por eso — y perdónesenos aquí una alusión personal —, largos y laboriosos años hemos consagrado, incansablemente, a la labor antimperialista, pero si sólo hubiésemos dado a nuestros compatriotas ese puñado de hojas que se titula *Cuba NO debe su independencia a los Estados Unidos*, consideraríamos que no hemos vivido en vano . . .

Decíamos que pocos pueblos, si es que hay alguno, habrán sufrido como padeció Cuba la agresión y el dominio imperialista. Aun entre todas las naciones de nuestra América, que en su carne sientan la opresión imperialista, el pasado de Cuba muestra heridas más crueles.

Porque, sin recuerdos de remotos esplendores, de conquistas, de opulencias, entró Cuba en la historia en 1492 para ser sojuzgada por un imperialismo; y cuatro siglos más tarde sólo se libró de aquél para caer, inmediatamente, bajo el yugo de otro. O, más bien, sólo cambió de nombre el yugo. Del simple comunismo primitivo, en el que se dice que ya invasores de otras islas introducían comienzos de esclavitud sobre los aborígenes, cayó Cuba, la plácida y risueña, bajo la férula de aquel imperio que era cruelmente sombrío, a pesar de que en sus dominios no se ponía el sol, y pasó a ser "¡Triste tierra, como tiranizada y de señorío!", según clamó desde el siglo XVI aquel maestro santiaguero, Miguel Velázquez, uno de los primeros mestizos en quienes se hizo voz el dolor del pueblo. El duro imperio español trajo esclavos del Africa lejana, y creó otra categoría de esclavos con los propios descendientes de los esclavizadores. Al comenzar el siglo XIX, un inmenso

soplo de libertad levanta a la América nuestra, pero en la última y desesperada convulsión imperialista, Cuba queda presa, y, casi por un siglo más se asfixiaría bajo la garra inmóvil de un imperio ya cadáver". Se ahoga, pues, y se estremece, sin que pueda siquiera, con sus hermanas de Latinoamérica, soñarse libre durante algunos años, mientras el imperio que domina entonces el mundo, el imperio inglés, tiene las fauces llenas con sus posesiones en Africa, Asia y Oceanía, y con su vasto dominio canadiense, para que su penetración, aunque positiva, innegable, en otras tierras americanas, revista caracteres demasiado agresivos, y el cachorro de imperio que está creciendo al Norte aún no se atreve a echar otra abierta pelea que el zarpazo brutal contra México: el resto queda en intrigas, americanas o europeas, y en intentos malaventurados, como el austriaco-francés de Maximiliano. Pero a lo largo del siglo sí saben, el imperio dominante y el imperio en ciernes, ponerse de acuerdo, a través del Atlántico, para impedir que las últimas colonias se liberen del imperio que fué.

He aquí por qué en todo tiempo, muchísimo antes de que Lenín, en su estudio admirable, expusiera científicamente las razones y raíces del dominio imperialista, y aún mucho antes de que siquiera se acuñara, para el uso común, la palabra imperialismo, no ha podido nadie sentir verdaderamente en cubano sin ser antimperialista. Nuestro patriotismo, nuestro sentido nacional no han podido existir jamás sino en función de antimperialismo.

II

EN FELIX VARELA

Por estas razones que acabamos de mencionar, el gran precursor ideológico del independentismo, el gran maestro de revolucionarios que fué el padre Félix Varela, en 1824, arremete, sí, contra el imperio que teme no esté todavía deshecho, diciendo:

> La decisión universal y constante de los pueblos de América es una prueba auténtica de su voluntad de separarse del gobierno español, y la sangre derramada en mil batallas o en patíbulos que sólo deshonran a los déspotas que los erigieron, ha encendido cada vez más el fuego del amor patrio y el odio a la tiranía. Desgraciadamente han tenido sus desavenencias sobre el modo de ser libres, o mejor dicho, sobre las personas a quienes se podía encargar el sagrado depósito de la libertad; pero en medio de estos disturbios, ¿se ha notado un solo momento en que los americanos quisiesen volver al yugo de España? A pesar de haber ganado el gobierno español (como es fácil en todos los países) algún corto número de personas, y de suponer que tenía un gran partido, para ver si de este modo podía formárselo; ¿qué ha logrado? Dar una prueba, la más evidente de que ha gobernado, y pretende gobernar, contra la voluntad de los pueblos. Y el gobernar un pueblo contra su voluntad, ¿qué otro nombre tiene que el de tiranía? ¿y la mitad del Nuevo Mundo, deberá sufrir la tiranía de una manchita europea? Las hojas del proceso criminal de España están tendidas por las inmensas regiones de este hemisferio, y tienen por juez al género humano. Ved, dicen los americanos al resto de los hombres, ved cuál existen en los más hermosos países del globo, después de una dominación de más de trescientos años; ved la opulencia de nuestros vecinos obtenida con menores medios y en menor tiempo, por la influencia de un gobierno libre; ved la obstinación de España en su errónea y cruel conducta, y no preguntéis su crimen, ni los motivos de nuestra separación.

Y prosigue:

> El americano oye constantemente la imperiosa voz de la naturaleza que le dice: yo te he puesto en un suelo que te hostiga con sus riquezas y te asalta con sus frutos; un inmenso océano

> te separa de esa Europa, donde la tiranía, ultrajándome, holla mis dones y aflige a los pueblos; no la temas: sus esfuerzos son impotentes; recupera la libertad de que tú mismo te has despojado por una sumisión hija más de la timidez que de la necesidad; vive libre e independiente; y prepara un asilo a los libres de todos los países; ellos son tus hermanos. Sí, no hay que dudarlo, ésta es la voz de la naturaleza, porque es la de la razón y la justicia. Hombres generosos que preferís la libertad de los pueblos al bárbaro placer de dominarlos, abandonad esa mísera y horrenda mansión del despotismo donde sus satélites como tigres os devoran; dejad un suelo donde la virtud es un crimen y el talento una desgracia; venid, sí, venid cuanto antes a reuniros a vuestros hermanos de América; ellos sólo están armados contra sus opresores, que son los vuestros.

Mas este enérgico impugnador del dominio imperialista español, mientras sintetiza su avanzadísimo pensamiento político, su pensamiento revolucionario, en esta frase magnífica: "Ningún gobierno tiene derechos. Los tiene, sí, el pueblo, para variarlo cuando él se convierta en medio de ruina en vez de serlo de prosperidad"; a la vez se alza, no ya contra toda posibilidad de dominio de otras naciones sobre nuestra isla, sino que hasta rechaza, como fuente de gravísimos males, todo auxilio de otras naciones, aun cuando se tratara de las hermanas repúblicas latinoamericanas, para que Cuba se libre del yugo español. Tales ideas, que rigen todo su pensar en cuanto al futuro político de la patria se refiere, quedan expresa y extensamente desarrolladas en dos trabajos que publicó Varela, en el periódico revolucionario *El Habanero*, que editaba en Nueva York en 1824 y 1825, y que se titulan, uno, *Paralelo entre la revolución que puede formarse en la Isla de Cuba por sus mismos habitantes y la que se formará por la invasión de tropas extranjeras*, y el otro, *¿Necesitará la isla de Cuba unirse a alguno de los gobiernos del continente americano para emanciparse de España?* En el primero explicaba:

> Una revolución formada por auxilio de extranjeros aunque sean hermanos, no tiene todo el carácter de espontaneidad que es necesario para inspirar confianza, pues aunque nadie ignora que en la isla de Cuba hay el mismo amor a la independencia que en el resto de la América, siempre será un motivo, o por lo menos un pretexto, para dudar de su permanencia, la misma necesidad que se afectará que ha habido de una fuerza extranjera. No hay que dudar que el gobierno español sacará partido de esta circunstancia. Una multitud de perversos repetirá incesante-

> mente que la revolución es el resultado de la necesidad, y que hay un gran partido contra ella a favor de España; una multitud de irreflexivos llegará a persuadírselo, y otros, sin estar persuadidos, pero temiendo que muchos lo estén, abogarán por la pretendida necesidad de tropas auxiliares en la isla de Cuba. Estas tropas, en consecuencia, serán necesarias, no por la naturaleza de las cosas, sino por la ignorancia de los hombres. La perversidad sacará de este principio todas las ventajas que se propone; se tendrá como un medio de volver a unir a España la isla de Cuba al suponer constante su deseo de esta unión, al ver que dura la que llamará ocupación extranjera. Se harán paralelos odiosos entre la de los franceses en la Península, y la de los colombianos en la Isla, se procurará presentar a éstos bajo el carácter más odioso; y, en una palabra, las intrigas políticas suplirán la fuerza y la razón de que carece España.

Y agregaba luego, con palabras en las que nos parece sentir un temblor profético, pues a tal punto pueden aplicarse a los tristísimos acontecimientos de 1898-1902 en que la potencia del más nuevo imperialismo frustró en gran parte nuestra heroica lucha independentista:

> El pueblo de la isla de Cuba, en caso de ser independiente, debe constituirse. ¿Y lo hará mientras pise el territorio un corto número de soldados a quienes se le dará el nombre de ejército extranjero? La Constitución se dirá que es hija de la fuerza, que está formada bajo el influjo extranjero. Perderá todo el prestigio que debe tener una Ley Fundamental, y mucho más deberá perderlo si por desgracia se resiente algo del contacto de una nación que, si en general conviene en intereses con la isla de Cuba, tiene otros muy diferentes y marcados en que no podemos convenir. ¿Se esperará a la salida de las tropas colombianas? Yo aseguro que los enemigos de la Isla y de Colombia pondrán en acción todos los resortes para que no se pueda verificar dicha salida, pues de este modo dilata el pueblo su Constitución, se halla sin bases, se le agita en todas direcciones, se hace preciso un gobierno militar, éste produce el descontento, se pondera entonces la tranquilidad perdida, y yo no quiero pensar lo que pueda suceder.

Hallamos en estos conceptos un cubanísimo antecedente de la idea reiteradamente expresada por el Jefe de la Revolución actual, Fidel Castro: "Las revoluciones no se exportan". Por último, Félix Varela, que es el primer cubano que mantiene decididamente, sin vacilaciones de ninguna clase, la necesidad imprescindible que, para ser feliz y próspera, para lograr libertad y justicia, tenía Cuba de romper los

lazos que la esclavizaban a España; Varela, el primer cubano intelectual que pone su pluma al servicio de la causa libertadora de su país; Varela, el primer cubano intelectual que predica, porque de ello está convencido, que no es por la evolución bajo la soberanía de la Metrópoli, sino por la revolución, como Cuba puede y debe conquistar sus derechos políticos y económicos; Varela, que creyendo generosamente que "en América no hay conquistadores" — verdad que estaba refiriéndose a la América nuestra —, agrega, sin embargo, enseguida estas palabras que otros labios cubanos acaban de repetir en La Habana y en Punta del Este: "y si algún pueblo intentase serlo, deberá esperar la reacción de todo el Continente, pues todo él verá atacado el principio americano, esto es, que la libre voluntad de los pueblos es el único origen y derecho de los gobiernos"; Varela, en fin, tan apasionadamente celoso de la independencia absoluta de su patria, resume su pensamiento patriótico en esta frase que rechaza y condena para siempre todo imperialismo: "Desearía ver a Cuba tan isla en lo político como lo es en la naturaleza". Del gran precursor revolucionario de los primeros lustros del siglo XIX arranca, pues, nuestra tradición antimperialista.

Sufre ésta luego algunos eclipses, pues en los intentos separatistas que van desde antes de 1851 hasta 1868 hubo muchos rebeldes cubanos que, apartándose del camino señalado por Varela, pretendieron precipitar o facilitar el cese de la soberanía española mediante la anexión a los Estados Unidos u otra república americana, o la ayuda en la lucha armada de alguna de estas naciones. Intereses, y prejuicios alentados por estos intereses, ligan a algunos hijos de Cuba con el vecino del Norte; concedamos a otros el beneficio de la duda, admitiendo que los más jóvenes e ilusos se dejasen prender por el espejismo de los logros de una gran república libre, olvidándose de la monstruosa anexión de Tejas y de la aventura centroamericana de Walker. Algo de estas corrientes fluye a lo largo de la Guerra de los Diez Años, entre los propios que luchan contra lo que resta del imperialismo español. Pero el antimperialismo puro y total persiste en los mejores de los combatientes, como hechos posteriores lo demostrarán.

Y cuando surge, al fin, el gran dirigente revolucionario que apoyándose en las amplias mayorías populares, en esa "masa adolorida" de la que él mismo dijo que era el verdadero jefe de las revoluciones, sabrá impulsar decisivamente al pueblo a la conquista de la independencia,

él, nuestro Apóstol Martí, será el más clarividente y el más ardoroso de los antimperialistas, el antimperialista por excelencia, no sólo de Cuba sino de toda nuestra América, en el siglo XIX, si bien habrá de esperar por más de cincuenta años después que su patria sea república para que sus propósitos se hagan realidad.

III

EN JOSE MARTI

No es posible dentro de los límites del presente ensayo, ni seguir paso a paso la trayectoria antimperialista de Martí ni reproducir los numerosos pronunciamientos que en este sentido fue dejando a lo largo de toda su obra. Desde que en 1935 publicamos un folleto bajo el título de *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*, — precedido de trabajos sobre el mismo tema en la revista *Carteles* en 1933 —, hasta el momento actual en que circulan varias reimpresiones de la última edición de nuestro *Martí antimperialista*, numerosísimas son las ocasiones en que hemos desarrollado más o menos extensamente este lema, en el empeño de llevar al conocimiento de todo nuestro pueblo esta faceta, que es de las más importantes, si no la más importante, de su ideario político y de su actuación revolucionaria, tanto por su vasto alcance americano, en primer término, como, luego, por tratarse de uno de los magnos problemas que más han agitado, y aún agitan, al mundo entero en nuestra época.

Y no hemos de soslayar aquí, que aparte la trascendencia intrínseca del tema, hemos insistido tanto en él porque precisamente comprobamos una y otra vez que dentro de la mentira enorme, de la que dice Fidel: "nos casaron con ella y nos obligaron a vivir con ella"; dentro de la malévola falsificación de nuestra historia y el doloso ocultamiento de nuestras realidades con que servían los lacayos nativos los fines del imperialismo, hubo escritores que se decían martianos y hubo biógrafos y exégetas de Martí que se empeñaron en dejar en la penumbra el vigoroso y persistente antimperialismo que era como la espina dorsal de la política martiana, lo mismo que otros, también instrumento de fuerzas anticubanas, pretendían atenuar y hasta callar otro aspecto no menos constante y firme del pensamiento del Apóstol: su ardiente laicismo y anticlericalismo, o mejor, su anticatolicismo.

Dos motivos nos imponen ceñir dentro de límites no muy amplios la mención del ideario antimperialista de Martí. Primero: que la difusión relativamente extensa que ha tenido en los últimos tiempos nos

exime de repetir, en todos sus detalles, lo que va siendo ya más y más sabido. Y segundo, que es tan amplia y reiterada la manifestación antimperialista en la obra martiana que de seguirla paso a paso, no nos dejaría en esta ocasión espacio para tratar de nada más. Así, después de reiterar, sí, que Martí es el más ardiente, el más sagaz, el más firme de todos nuestros antimperialistas, sólo destacaremos unos cuantos de los más significativos, entre ellos el primero y el último, en el tiempo, de sus pronunciamientos en este sentido.

Desde el comienzo mismo de su labor revolucionaria, desde que entendió que tenía como inmediata misión de su vida reavivar, primero las chispas que aún quedaban encendidas entre las cenizas del Zanjón, y luego dar nuevas dimensiones al combate que se reanudara —una anchura popular, una amplitud de propósito continental—, nuestro Apóstol percibió, con meridiana claridad que, si bien, como primer postulado ineludible, Cuba necesitaba, forzosamente, independizarse de España, asimismo, para poder ser realmente libre, democrática, culta, próspera y feliz, le era imprescindible libertarse de los Estados Unidos, de la dominación económica, y por consecuencia política, que sobre la futura República amenazaban establecer los intereses yanquis. Sabía perfectamente Martí que al desatar la continuación de la guerra independentista iniciada en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, sólo podría arrancar a la vieja y decadente metrópoli española lo que le restaba de su poder sobre Cuba —la dominación política—, ya que, después de la tregua del Zanjón, se había ido produciendo un hecho de tan extraordinaria significación y trascendencia cual era el desplazamiento de España por los Estados Unidos como metrópoli comercial de Cuba, debido, no sólo a las circunstancias fatales de nuestra vecindad al territorio de la Unión y la riqueza de nuestro pueblo, así como al expansionismo económico de Norteamérica, ya en marcha en aquellos tiempos, y a los propósitos de poseer la Isla, manifestados desde 1805 por el Estado norteamericano, a través de todos sus gobiernos, sino, también, a los errores y torpezas de los gobernantes españoles. Por esas diversas causas señaladas, el mercado de España había ido poco a poco desapareciendo para Cuba, de igual modo que los de otras naciones europeas, sustituídos, casi totalmente, por el de los Estados Unidos, que había quedado como el único de la Isla.

Así pues, la aspiración máxima de la lucha revolucionaria de Martí era una doble conquista antimperialista: contra el imperio español en ruinas, y contra el naciente imperio norteamericano.

Así lo comprobamos claramente cuando desde la remota fecha del 20 de julio de 1882, en la que le escribe al general Máximo Gómez, desde Nueva York, su primera carta sobre la revolución de Cuba, después de expresarle:

> Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliadora, y la necesidad de una revolución violenta.

casi inmediatamente expone:

> En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla, esta clase de hombres, ayudados por los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil; así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.

Si bien los precursores de nuestra independencia y los revolucionarios de 1868 aspiraron a contar, en algún momento, con el apoyo de Norteamérica, Martí, muy por el contrario, con un conocimiento minucioso y clarísimo de la historia de los Estados Unidos, del carácter de sus gobernantes, de la política desenvuelta por éstos en lo interno y en lo internacional, de las ambiciones sin límites de sus hombres de negocios, de las virtudes y defectos, vicios y males de su pueblo; y sabedor, al mismo tiempo, de la historia e idiosincrasia de los pueblos de la América nuestra, señaló, precisa y certeramente, a los cubanos qué actitud convenía que adoptaran con la América anglosajona, durante la revolución por la independencia, primero, y después en la República, y cuáles eran los lazos que debían unirnos a los pueblos de Hispanoamérica.

El 16 de noviembre de 1889, con motivo de la celebración de la Primera Conferencia Panamericana, convocada y dominada por el Gobierno de Washington, que lo llena de patrióticas preocupaciones, le pondera a su amigo Serafín Bello los irreparables males que para el futuro de Cuba representa la reunión de Washington, con palabras que parecen haber sido dichas en estos mismos días, con motivo de la Reunión de febrero de este año de 1962, en Punta del Este:

> De ese congreso de naciones americanas, donde, por grande e increíble desventura, son tal vez más las que se disponen a ayudar al Gobierno de los E. Unidos a apoderarse de Cuba, que las que comprenden que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas. Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. Podríamos impedirlo, con habilidad y recursos; que los arranques y la claridad de juicio, pueden, con buen manejo, vencer a la fuerza.

Luego agrega:

> La corriente es mucha, y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas yanquis. Para mí, sería morir. Y para nuestra patria. No es mi pasión lo que me dará fuerzas para luchar, sólo, en la verdad de las cosas sino mi incertidumbre de que de semejante fin sólo esperan a nuestra tierra las desdichas y el éxodo de Texas, y que el predominio norteamericano que se intenta en el continente haría el mismo éxodo, en las cercanías, sumidas al menos, odioso e inseguro.

A su discípulo entrañable, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, en carta de 29 de octubre del mismo año, le expresa su terminante negativa a toda participación de Norteamérica en la batalla por la independencia de Cuba; su convicción de la imposibilidad de

> que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, para conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado.

porque, agrega:

> Una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella? ¿Por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera, — no del pueblo que es, propio y capaz, — sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Bases más seguras quiero para mi pueblo.

Y el 14 de diciembre de ese año, confía de nuevo su angustia a su querido Gonzalo:

> Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella: cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres, ni maldad más fría. ¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!

Ya, ante el temor de una futura anexión o absorción de Cuba por los Estados Unidos, había declarado en carta abierta al señor Ricardo Rodríguez Otero, de 16 de mayo de 1886, refutando al mismo tiempo, a los anexionistas de la época colonial y, por anticipado, a los intervencionistas y mediacionistas de la era republicana:

> Sólo el que desconozca nuestro país o éste, o las leyes de formación y agrupación de los pueblos, puede pensar honradamente en solución semejante, o el que ame a los Estados Unidos más que a Cuba, pero quien ha vivido en ellos ensalzando sus glorias legítimas, estudiando sus caracteres típicos, entrando en las raíces de sus problemas, viendo cómo subordinan a la hacienda la política, confirmando con el estudio de sus antecedentes y estado natural, sus tendencias reales, revolucionarias o confusas; quien ve que jamás, salvo en lo recóndito de algunas almas generosas, fué Cuba para los Estados Unidos más que posesión apetecible, sin más inconveniente que sus pobladores, que tienen por gente levantisca, floja y desdeñable; quien lee sin vendas lo que en los Estados Unidos se piensa y se escribe, desde la odiosa carta de instrucciones de Henry Clay en 1828, cuando los Estados Unidos "estaban satisfechos con la condición de Cuba, y por el interés de ellos no deseaban cambio alguno", hasta lo que de sí propios

NO CIRCULANTE
BIBLIOTECA PUBLICA ... LA HAB...
H-59451
327.2973 ...

> dicen en su conversación y en su poesía, hasta el "somos los romanos de este continente", de Holmes; "somos los romanos, y llegarán a ser ocupación constante nuestra la guerra y la conquista"; quien sabe de cerca que aquellas agitaciones periódicas de la prensa que pudieran sernos favorables, y en lo aparente lo son, responden, lo mismo que los alardes patrióticos en España, al interés pasajero de los partidos políticos, que se sirven acá de la Isla, o de la probabilidad de comprarla o de entrar en guerra por ella, como medio de impedir que triunfe en el Congreso el proyecto de rebaja de los aranceles, so capa de necesitar, acaso en fecha no remota, fondos de sobra en el erario público; quien ama a su patria con aquel cariño que sólo tiene comparación, por lo que sujetan cuando prenden y por lo que desgarran cuando se arrancan, a las raíces de los árboles, — ése no piensa con complacencia, sino con duelo mortal, en que la anexión pudiera llegar a realizarse; y en que tal vez sea *nuestra suerte* que un vecino hábil nos deje desangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas.

No es tampoco ésta la ocasión de extendernos en mostrar, con mayor riqueza de citas, hasta qué punto el antimperialismo de Martí, cuya más honda raíz se aferraba en su purísimo y ardentísimo patriotismo, hallaba mil razones lógicas en que apoyarse, y, señera entre ellas, el conocimiento profundo de la vida y el alma norteamericanos con que los largos años de residencia en los Estados Unidos habían enriquecido su talento tan generalmente penetrante. Pero sí recogeremos aquí algún que otro párrafo entre los muchos que revelan hasta qué punto, como él mismo había de decir más tarde, en una de sus frases únicas, por haber vivido en "el monstruo", le conocía "las entrañas". Así, éste de su discurso de 10 de octubre de 1890 en *Hardman Hall*:

> No nos llega la flojedad del ánimo, ni la ignorancia supina, ni el hábito de la servidumbre, hasta declarar de puro olimpo que no podremos gobernarnos el día en que hayamos ganado nuestra libertad, sino que hemos de llamar a nuestra casa, para que nos gobierne, a un vecino que al día siguiente de su independencia emplumó en la plaza pública a sus adversarios vencidos, apedreó por las calles a los jueces, creó con sus militares una orden secreta de nobleza, marchó con el ejército armado contra el Congreso Nacional, desobedeció y echó de sus sillas al Congreso, levantó por los celos de aldea y el interés un estado contra otro, se apasionó en sus disputas al extremo de decidir el asesinato de los padres

de la República, y firmó sin compasión la carta de su libertad sobre la espalda de sus esclavos!

O este de *La religión en los Estados Unidos*, correspondencia a *La Nación*, de 8 de abril de 1888:

> En los Estados Unidos la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil, no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza.

Otra vez, en su artículo *La Revolución Cubana*, en *Patria*, de 16 de mayo de 1894, describe a los Estados Unidos como

> un pueblo que, con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía;

y en *El remedio anexionista*, también de *Patria*, de 2 de julio de 1894, cual si previera los momentos que actualmente vivimos, como

> un pueblo diverso del nuestro y que tiene sobre nuestro país miras distintas de las nuestras, miras de factoría y de pontón estratégico . . . una república que se declara ya agresiva, y nos comprende, como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión.

O, en *La crisis y el Partido Revolucionario Cubano*, de aquel propio periódico, en 19 de agosto de 1893, nos traza esta imagen tan terriblemente exacta del que él mismo habría de llamar "el Norte revuelto y brutal que nos desprecia":

> El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna, que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías; aquí no calma ni equilibra al hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no

> existen la caridad y el patriotismo que los pudieran resolver. Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal, y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahito de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuído, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir saliendo.

Es evidente que un antimperialismo tan sólido y de visión tan amplia como el de Martí no podía circunscribirse a lo que inmediatamente afectara a su Isla amada con tanta pasión. Toda "nuestra América", como él fué el primero en llamarla, le cabía en el alma a José Martí. Tenía aquella alma americana que ya observamos en el precursor genial, Félix Varela, que pensaba y sentía vívidamente por aquellas repúblicas cuando apenas empezaban a ser patrias. Y no veía la lucha de Cuba sino como un hecho americano, como acontecimiento de trascendencia continental: era, según sus propias palabras, escribir la última estrofa que faltaba al poema de la libertad de América.

Toda la América, con Cuba como su corazón todavía ausente, era su constante preocupación. Y el imperialismo norteamericano era el gravísimo peligro que lo preocupaba. Así, desarrolla extensamente sus conceptos sobre los problemas y el destino de nuestros pueblos al consagrar al Congreso Internacional Americano que, con miras imperialistas, los Estados Unidos habían convocado en Washington, una serie de doce trabajos que aparecieron en *La Nación,* de Buenos Aires, en noviembre y diciembre de 1889:

¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?

> Jamás hubo en América, de la Independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida

> examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del Mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Esta "segunda independencia" por la que clamaba el Apóstol ha sido la que se proclamó, y precisamente en su propia patria, al triunfar en 1959 la actual Revolución.

Y continuaba Martí:

> Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no se puede vender, y confederarse para su dominio.

Igualmente recalca:

> Cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del Continente, llega a verla, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el vigor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Y luego:

> ¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, a la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del Mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa y ensayar en pueblos libres sus sistemas de colonización?

Poco antes, en esa misma serie de trabajos, el Apóstol había trazado un cuadro impresionante de las ambiciones y las violencias estadounidenses, que terminaba con una vibrante admonición:

> De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el Continente, y anuncia por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el Norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del Istmo abajo; y de otra están los pueblos, de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?
>
> En tanto, el Gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás, y acaso, si el ministro Douglas negocia con éxito, su protectorado sobre Haití: Douglas lleva, según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado; el ministro Palmer negocia a la callada en Madrid la adquisición de Cuba; el ministro Migner, con escándalo de México, azuza a Costa Rica contra México de un lado y Colombia de otro; las empresas norteamericanas se han adueñado de Honduras... y fuera de saber si los hondureños tienen en la riqueza del país más parte de la necesaria para amparar a sus consocios, y si está bien a la cabeza de un diario del gobierno un anexionista recosocido, por los provechos del canal, las visiones del provecho, están con las dos manos en Washington, Nicaragua y Costa Rica; un pretendiente a la presidencia hay en Costa Rica que prefiere, a la unión de Cen-

troamérica, la anexión a los Estados Unidos; no hay amistad más ostensible que la del presidente de Colombia para el Congreso y sus planes; Venezuela aguarda entusiasta que Washington saque de la Guayana a Inglaterra, que Washington no se puede sacar del Canadá; a que confirme gratuitamente, en la posesión de un territorio, a un pueblo de América, el país que en ese mismo instante fomenta una guerra para quitarle la joya de su comarca y la llave del Golfo de México a otro pueblo americano; el país [E. U.] que rompe en aplausos en la Casa de Representantes cuando un Chipman declara que ya es tiempo de que ondee la bandera de las estrellas en Nicaragua como un estado más del Norte.

Y el *Sun* dice así: "Compramos a Alaska ¡sépase de una vez! para notificar al Mundo que es nuestra determinación formar una unión de todo el Norte del Continente con la bandera de las estrellas flotando desde los hielos hasta el istmo, y de océano a océano."

Y el *Herald* dice: "La visión de un protectorado sobre las repúblicas del Sur llegó a ser idea principal y constante de Henry Clay... no estamos listos todavía para ese movimiento; Blaine se adelanta a los sucesos como unos cincuenta años." ¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!

Por desgracia, los pueblos no crecieron con la rapidez que Martí ansiaba, y sí creció, en cambio, la agresividad, junto con la fuerza, de la potencia imperialista. A los cincuenta años de aquel angustiado llamamiento, en 1939, los Estados Unidos eran dueños, declarados, de Puerto Rico, y con máscara más o menos transparente dominaban a las Antillas que habían sido españolas, y a Centroamérica, y eran dueños del Istmo hecho Canal en Panamá, y hundían cada vez más sus tentáculos rapaces en toda la América Latina. Habría que esperar veinte años más para que Cuba, la última en liberarse del viejo coloniaje, pero la primera en "crecer", respondiera heroicamente, en 1959, a la patética exhortación de su Apóstol.

Finalmente, al describir Martí uno de los momentos más dramáticos de la Conferencia, destaca la actitud despótica, cruel y atentatoria al derecho internacional y aun al derecho humano que ya desde entonces adoptaban los Estados Unidos en reuniones de esa clase, como hoy lo hacen en la Organización de Estados Americanos y en la Organización de las Naciones Unidas:

En nuestra América no puede haber Caínes. Nuestra América es una! pero la otra América se negó a firmar el proyecto que

> declara "eliminada para siempre la conquista del derecho público americano". Luego, sofocada, consintió en declarar eliminada la conquista "por veinte años"... y empieza la votación. ¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación [del solar] propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile acaso? No; Chile no vota contra la conquista, pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no; México es tierra de Juárez y no de Taylors; y uno tras otro, los pueblos de América votan en pro del proyecto contra la conquista. "¡Sí!", dice cada uno, y cada uno lo dice más alto. Un solo "¡No!" resuena: el "¡No!" de los Estados Unidos.

Desdichadamente, en San José de Costa Rica, y en Punta del Este ha habido Caínes. ¡Pero nunca pueblos, sino gobiernos traidores a sus pueblos!

En otro estudio medular pone de manifiesto Martí, de modo relevante — y, reiteramos, entre muchísimos otros que harían demasiado extensa la presente obra, que deseamos sea de rápida lectura —, su ideología americanista y antimperialista; es el titulado *Nuestra América,* que apareció en *El Partido Liberal,* de México, en 30 de enero de 1891. En él luego de trazar a grandes rasgos el panorama de las luchas libertadoras y de los problemas y peligros internos de nuestros pueblos, advierte Martí:

> Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se le pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora

veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América.

También diría, sobre el mismo tema, en su artículo *Las guerras civiles en Sudamérica*, publicado en *Patria* el 22 de septiembre de 1894:

> En relación estricta a sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos son el procedimiento forzoso de ajuste, igual en el mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del Orbe, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacientes y las reformas decisivas a que se opone, primero, la teocracia arraigada en las masas indias y el núcleo soberbio de la clase principal, y luego la vehemencia de los reformadores, inevitable ante la resistencia astuta y sorda, y el hábito fatalmente nacido en los vaivenes de la lucha, de proveer a la vida con los frutos del gobierno. De nuestra sociología se sabe poco, y de sus leyes, tan precisas, como esta obra: Los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.

Cuba, ya lo hemos dicho, nunca estaba ausente de esa preocupación americana antimperialista de Martí. Recordando, en 1891 y en el prólogo de sus *Versos Sencillos*, la ansiedad que lo embargaba ante las perspectivas de aquella Conferencia o Congreso Panamericano de 1889 en Washington, nos revelaba sus más íntimos y vivos sentimientos:

> Mis amigos saben cómo me salieron estos versos del corazón. Fué en aquel invierno de angustia en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar al plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana . . .

Bien se ve, pues, que era Cuba precisamente el eje de aquella preocupación. Cuba, en su visión genial, estaba llamada a desempeñar papel decisivo en la lucha de "la América nuestra" con "la América que no es nuestra"; y así lo expuso con reiterada insistencia. Por ejemplo, dice en el interesantísimo trabajo *El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América,* que apareció en *Patria* el 17 de abril de 1894:

> no son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirlas de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la Naturaleza puso en el nudo del Mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo.

Más adelante:

> El fiel de América está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder — mero fortín de la Roma americana —; y si libres — y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora —, serían en el Continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio — por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles —, hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del Orbe por el predominio del Mundo.

y, con profética visión, que ahora comienza a esclarecerse a nuestros ojos:

> no a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas; con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando; no son dos islas las que vamos a libertar.

Por fin, y por no hacer interminable esta relación, nos detendremos solamente en el último y, seguramente el más importante, por su profunda significación, entre todos estos escritos del Apóstol. Fueron las últimas palabras que brotaron de su pluma privilegiada, en documento que la muerte no le dejó terminar, pero donde, por misterioso designio del Destino, reveló precisamente lo más hondo de su pensamiento y de sus propósitos, la razón raigal de toda su obra sin par, de todos sus esfuerzos ingentes e incansables, en fin, el máximo resorte de su vida. ¡Y este móvil supremo no es en Martí sino el antimperialismo precisamente frente a los empeños imperiales de los Estados Unidos!

Efectivamente, el 18 de mayo de 1895, cerca de Dos Ríos, Martí escribe a su fraternal amigo mexicano Manuel Mercado una carta de cariñoso e íntimo sabor, en que le dice:

> Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber — puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo — de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

He aquí, pues, la clave de toda la acción de José Martí.

Habla, inmediatamente, del interés que deben sentir los pueblos de nuestra América por

> impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia.

Y de lo más hondo del alma le brota esta frase:

> Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.

La muerte le detuvo, con la honda en la mano. Mas parécenos que, sesenta y cuatro años más tarde, otra mano cubana tomó la piedra de aquella honda y la ha arrojado contra la frente del Goliath norteño.

Así empieza a cumplirse el fin excelso de nuestro Maestro y Guía; del que ya había resumido su antimperialismo en una frase que dejó escrita en su cuaderno de apuntes y que define, a la vez, la meta de toda la lucha de nuestro país a través de su historia: "Y Cuba debe ser libre — de España y de los Estados Unidos".

IV

EN ANTONIO MACEO

Para desgracia de Cuba, muere Martí, el que habría sido el magno estadista de la Revolución, y luego, de la República: muere casi apenas se reanuda la lucha armada contra España. Pero no se rompe la tradición antimperialista. Al frente de los numerosísimos oscuros soldados que en su sencillo corazón cubano alentaban un puro y como instintivo antimperialismo, libre de los orgullos, prejuicios, ambiciones e intereses que más tarde llevarían a muchos jefes a la traición revolucionaria más o menos disfrazada, la más alta y clara voz antimperialista es nada menos que la del más grande de los caudillos independentistas nacidos en tierra cubana: el Lugarteniente General del Ejército Libertador, Antonio Maceo. El héroe de mil combates, el jefe audaz que llevó a cabo la hazaña sin par de la Invasión no es solamente un genio militar y el más valeroso de los combatientes, sino que posee, a la vez, grandes dotes de político, de estadista. Martí, incomparable juzgador de hombres, dijo de él que tenía "en la mente tanta fuerza como en el brazo". Por eso aquel valiente entre los valientes, aquel consumado estratega fué también – como detalladamente destacamos en nuestra pequeña obra *Revolución y República en Maceo,* publicada en primera edición el año 1945 –, paradigma del verdadero revolucionario cubano, es decir: espejo de disciplina y caballerosidad, ciudadano perfecto, contrario siempre a despotismos y dictaduras, antirracista, librepensador, anticlerical, y, por supuesto, antimperialista. De su firmeza y perseverancia en la lucha por el ideal independentista pueden citarse mil ejemplos, pero basta recordar este glorioso episodio, de singular elocuencia: la protesta dignísima que en las horas sombrías del fin de la Guerra de los Diez Años le hizo rechazar las negociaciones de paz iniciadas en 1878 por el general Arsenio Martínez Campos, que al fin dieron por resultado el Pacto del Zanjón. Cuando todos flaquean y pierden las esperanzas en la viabilidad de la Revolución, Maceo conserva inalterable su fe en ella, y sin vacilaciones, se niega a cuanto signifique aceptar de España nada que no sea plena independencia.

Este patriotismo, a la vez tan ardiente y tan lúcido no podía menos que hacer de Maceo un verdadero paladín del antimperialismo que, mientras asesta el golpe de gracia a la España que fué imperial, adviertе y previene, como Martí, contra el peligro, aún mayor, que se avecina: el vecino imperialismo naciente, rapaz y astuto mientras espera la hora de volver a ser brutal.

Maceo, en medio de su excepcional actuación militar y de su vigilancia sin descanso sobre todos los episodios, vaivenes y detalles concernientes a la contienda bélica, de que era, junto al General en Jefe Máximo Gómez, el sostén más poderoso, mantenía su atención fija sobre los problemas externos, lanzaba sobre el Norte su mirada de patriota sagaz, y una y otra vez opinó, en cartas dirigidas a sus compañeros de labores revolucionarias, sobre asuntos internacionales, es decir, sobre la forma en que debían encauzarse y mantenerse las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos y sobre la actitud de adoptar por los patriotas libertadores en lo referente a las posibilidades de auxilio militar y económico norteamericanos a la guerra emancipadora cubana.

Y leyendo los reiterados pronunciamientos de Maceo en este orden de cosas, descubrimos inmediatamente su preciso y definido antimperialismo, su rotunda negativa a dar participación a Norteamérica en la causa de la libertad de Cuba, para no comprometer, ni política ni económicamente, con cadenas muy difíciles de romper, a la República que él pensaba sólo debía surgir por el propio esfuerzo de los cubanos.

Desde antes de reiniciar la lucha armada habían expresado estos sus sentimientos en forma inequívoca. Hay sobre ello un episodio curioso que ha recogido José Luciano Franco en su obra *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, y que se enlaza con el que relataremos al final de este capítulo. Hallándose Maceo, el año 1886, en Colón, Panamá, y, como siempre, en trajines conspiratorios por la libertad de Cuba, concedió una entrevista al periodista español Francisco Peris Mendieta, quien después la publicó en un libro. Al decirle, creemos que malévolamente, el español:

> —Se supone que Vds. se hallan en inteligencia con elementos políticos de los Estados Unidos para anexionar las Antillas a aquella poderosa nación.

el gran luchador contestó, rápido y contundente:

> Es una calumnia. Para depender Cuba de alguna potencia preferimos que sea España, a la que queremos como la quieren las Repúblicas independientes que a ella pertenecieron. Antes que norteamericanos, queremos ser españoles.

Seguramente, en lo hondo del pensamiento del héroe vivía la convicción de que sería más fácil librar a Cuba de manos de España que de la garra norteamericana.

En la circular de 16 de diciembre de 1886, que firmada, con José Martí en primer término, por varios esclarecidos cubanos, recibió la adhesión de Maceo, se mencionaba expresamente como uno de los fines del movimiento revolucionario que entonces se preparaba:

> Impedir que con la propaganda de la idea anexionista se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria.

Y cuando Maceo intenta preparar un alzamiento de grandes proporciones, en ocasión de su visita a Cuba en 1890, son, entre los cubanos, los partidarios más o menos encubiertos o francos, de la anexión — en lo político, los autonomistas, entre otros; en lo económico, en primer término, los azucareros — quienes influyen para hacer abortar la tentativa. Estos últimos, siempre funestos en su influencia sobre los destinos de Cuba, habían de expresar así sus ideas, en exposición presentada a las Cortes de Madrid en junio 8 de 1894 por el *Círculo de Hacendados y Agricultores de la Isla de Cuba,* donde se dice:

> ...En la vecina República, no sólo encuentra Cuba mercados para vender los productos de sus industrias, y para adquirir en cambio los agentes de producción que necesita, sino que, además, en medio de su extrema pobreza, que tan tristemente contrasta con la inmensa riqueza de los Estados Unidos, encuentra allí también, en diversas formas, el auxilio de capitales y de créditos para las operaciones comerciales. — Es decir que, si política y moralmente está Cuba unida a España, materialmente está ligada a los Estados Unidos. Esto no es obra de la voluntad, ni mucho menos del capricho de los hombres, sino resultado necesario de la posición geográfica de Cuba, y del estado actual de la civilización del mundo, y el destruir, o anular, esa necesidad material, o legislar en oposición con ella, es tan difícil como lo sería el pretender que los ríos no corriesen hacia el mar, sino que trepasen sobre las montañas.

Es natural, por lo demás, que fuesen enemigos de la Revolución, y efectivamente lo fueron luego, durante la última etapa de la lucha bélica los inversionistas yanquis en Cuba. Citemos aquí, especialmente, a los terratenientes de Sancti Spíritus; los banqueros Mosle Brothers, hipotecarios de centrales en Gibara y Minas; el administrador yanqui del central *Victoria;* Edwin F. Atkins, dueño del central *Soledad,* en Las Villas; Henry Heidegger, dueño del central *Santa Catalina,* en Corral Falso y vicecónsul norteamericano en Matanzas; Henry Himley, dueño de ingenio en Matanzas; Cristóbal N. Madan, ciudadano americano, dueño del ingenio *La Rosa,* cerca de Cimarrones; y así también, otros dueños de ingenios de azúcar, de fincas de labranza, de minas, etcétera, que mostraron su hostilidad a la revolución, por sentirse perjudicados en sus intereses y demandaban la intervención de su país a fin de poner término a la guerra, aplastando el movimiento libertador.

Los norteamericanos, además, o al menos muchos de ellos, odiaban a Maceo hasta el punto de pretender su muerte. He aquí lo que sobre estos nefandos propósitos recoge el mismo José Luciano Franco en su citado libro, tomándolo de Enrique Ubieta: Mr. Eugenio Bryson, corresponsal del *Herald* de New York, propuso al Jefe del Ejército Español, durante la campaña de 1895, que hiciera asesinar al general Maceo en su propio campamento, lo que rechazó dignamente el general Martínez Campos con estas palabras: "Si de esa manera tengo que deshacerme de Maceo, vivirá toda la vida". Así respondió dignamente, sin saberlo, aquel general español, que no era carnicero cruel como su sucesor Weyler, a la generosa caballerosidad con que el propio Maceo, al final de la Guerra de los Diez Años, rechazó indignado la propuesta de asesinar a Martínez Campos en Baraguá. Eran dos adversarios leales.

Cuenta el general Miró en sus *Crónicas de la Guerra* que a fines de octubre de 1895 nombró el Consejo de Gobierno al Secretario de Relaciones Exteriores, coronel Rafael Portuondo, y al Jefe de Sanidad de la Columna Invasora y Subsecretario de Hacienda coronel Joaquín Castillo Duany para misiones diplomáticas cerca de los gobiernos de Washington y de las repúblicas hispanoamericanas, a fin de alcanzar del primero el reconocimiento de la beligerancia, y de estos últimos, además, "el generoso auxilio que la fraternidad de los lazos reclamaba y la magnitud de nuestros sacrificios hacía apremiante". Y aclaró Miró que

el general Maceo, que más fiaba en el apoyo de las repúblicas hispanoamericanas que en los propósitos del coloso del Norte, proveyó al doctor Castillo de cartas de recomendación para algunos personajes influyentes en la política de aquellos países que simpatizaban con nuestra causa, y de quienes nuestro caudillo se prometía obtener una adhesión más eficaz.

Maceo deseaba, como es natural, la declaración de beligerancia en favor del Ejército Libertador por parte de los Estados Unidos, porque apreciaba la significación y trascendencia extraordinarias que representaría para el rápido triunfo de las armas cubanas, el hecho de dejar la puerta abierta para la adquisición de elementos bélicos y envío de expediciones, aparte del efecto moral de tal medida.

Por eso sigue el desenvolvimiento de este asunto en el Congreso, aunque siempre justamente receloso y sin dejar de la mano lo que él estimaba vital para el triunfo de las armas cubanas: la sabia y vigorosa acción revolucionaria. Así le escribe a Estrada Palma, en 21 de noviembre de 1895:

> Al entrar en el territorio de Camagüey, recibió el Ciudadano Presidente la noticia por conducto autorizado, de que había sido reconocida la beligerancia por el Gobierno de los Estados Unidos, y que un sindicato americano había ofrecido a Vd. trescientos millones de pesos para los gastos de la guerra. Esa nueva produjo una explosión de alegría, aunque yo la he acogido con reservas, por no haber inaugurado sus sesiones el Congreso americano, y porque soy de aquellos que dicen que, si viene bien y si no, también.

Lo único que Maceo quería recibir de Norteamérica era esta declaración de beligerancia que permitiese a los patriotas cubanos laborar sin trabas oficiales, en territorio americano, en favor de la Revolución Emancipadora.

No descuida Maceo procurar que el pueblo americano esté verazmente enterado del desenvolvimiento, disciplina, pujanza y nobleza de ideales y de procedimientos de la Revolución cubana. En enero 27 de 1896 aprovecha la oportunidad que le ofrece el director de *The Star*, de Nueva York, recabándole esclarezca las noticias que se han difundido acerca de desavenencias entre él y el General en Jefe, Máximo Gómez, para desmentirlas categóricamente:

> El es General en Jefe y sus leyes son como leyes acatadas por mí. Yo sólo soy Teniente General del Ejército y en todos los tiempos y en cualquier lugar y por todas las razones, estoy sujeto a sus órdenes.

Le hace ver al periodista americano que

> nuestro Ejército no está compuesto de gentuza en que el hombre que más grita es el jefe, sino que está organizado bajo el plan de una fuerza militar moderna, en que el orden y la disciplina se sostienen y los superiores son respetados.

Y, además insiste, "todo el Ejército confía implícitamente en el patriotismo y en la habilidad militar" de Máximo Gómez, y además de ello,

> nosotros los que le hemos conocido y seguido en otras guerras, estamos convencidos de nuestra comparativa pequeñez para dudar de su sabiduría y rectitud.

Le explica la razón táctica de marchas y contramarchas, y le detalla los triunfos alcanzados con la Campaña Invasora, poniéndole, finalmente, de relieve que

> el Ejército cubano está lleno de entusiasmo. La idea de la libertad inflama sus pechos y alienta la esperanza y los deseos de la gran mayoría del pueblo de Cuba.

Y en cuanto a la posible duración de la campaña, que desea conocer el director de *The Star*, no se aventura a darle fecha precisa, pero sí le ratifica cuál es el inquebrantable empeño de los cubanos:

> Podrá durar unos pocos meses o algunos años: no puedo decirlo. Pero lo que sí es cierto es que el trapo rojo y amarillo de España jamás volverá a triunfar otra vez sobre Cuba esclava.

Es, en esta carta, detalle revelador del patriótico antimperialismo de Maceo, que en ella no asoma siquiera una frase o un concepto en el que se aluda al apoyo de los Estados Unidos a la Revolución cubana. Habla el jefe revolucionario y el estadista, convencido de que la República de Cuba debe ser obra exclusiva de la voluntad de su pueblo y del esfuerzo de sus mambises libertadores. Por el contrario, tanto preocupa a Maceo la posible participación de los Estados Unidos en la

contienda hispanocubana, que desea conocer la actitud americana respecto a Cuba y la línea de conducta del Delegado en Nueva York; en 14 de abril de 1896, desde El Rubí, expresa francamente a Estrada Palma su criterio contra toda intervención yanqui en la guerra cubana:

> Esto marcha bien, y podría durar por tiempo indefinido o hasta dejar extenuada a España. Sin embargo, como que su pronta terminación es lo que debemos procurar, ya que leo en los periódicos que se discute si los Estados Unidos deben o no intervenir en esta guerra, para que concluya pronto, y sospecho que ustedes, inspirados en razones y motivos de patriotismo, trabajan sin descanso por alcanzar para Cuba lo más que puedan, me atrevo a significarle que a mi modo de ver, no necesitamos de tal intervención para triunfar en plazo mayor o menor. Y si queremos reducir éste a muy pocos días, tráiganse a Cuba veinticinco o treinta mil rifles y un millón de tiros en una, o a lo sumo, dos expediciones.

Como ese material de guerra era forzoso adquirirlo en los Estados Unidos, Maceo únicamente quiere, y así se lo dice al Delegado Estrada Palma, que se recabe de esa nación tolerancia para los embarques:

> Si ustedes, pues, — le agrega — logran alcanzar la *cooperación* de ese Gobierno en el sentido de ayuda y protección al embarque y arribo de una expedición de aquella naturaleza, ya no le haría falta más que comisionar a una persona que viniese a La Habana y desde dicha ciudad me diese aviso oportuno de la fecha y lugar designados para el alijo. Con esto, es decir, con la protección de los Estados Unidos, ni se verían los americanos comprometidos visiblemente en sus relaciones con España, ni los cubanos habríamos menester de otra ayuda.

Pocos días después de escrita esta carta, Maceo redacta, a petición del corresponsal en campaña del periódico neoyorquino *The World*, estas declaraciones dirigidas al pueblo norteamericano, fijando precisamente cuál es y qué alcance debe tener la cooperación a prestar por dicho pueblo en favor de la causa libertadora cubana:

> No quisiera que nuestros vecinos tuvieran que derramar su sangre por nuestra libertad; nos bastamos solos, si dentro del derecho de gentes podemos conseguir todos los elementos que necesitamos para arrojar de Cuba el derruído poder de España en América; lo único que me preocupa son las víctimas que los es-

> pañoles hacen de pobres e inocentes familias que asesinan diariamente. Ojalá que en ese sentido interpongan sus buenos oficios los americanos, a fin de que la fiera española cese en la carnicería de gente indefensa, lo que por humanidad deben favorecer todos los países civilizados y las naciones interesadas en el progreso moral y material de los pueblos.

Le importa, sí, que se conozca en Norteamérica la fuerza de la Revolución y cómo ésta se encuentra respaldada por la gran mayoría de los cubanos.

En junio de 1896, cuando corrían rumores acerca de que los Estados Unidos, de acuerdo con España se proponían mediar en la guerra para imponer a los cubanos una paz honrosa en cuanto a sus términos y prometedora de ciertas ventajas políticas, pero no basada en la independencia de la Isla, el héroe escribía a su gran amigo el patriota cubano Perfecto Lacoste:

> . . . Deponga esos temores y confíe, si no en las consecuencias de los americanos, en el triunfo seguro de nuestras armas. No sólo el esfuerzo supremo de este pueblo, cansado ya de sufrir tiranías y resuelto al último sacrificio, si que también la impotencia irremediable de España, harán que, vuelvo a repetirle, seamos independientes dentro de muy corto tiempo. Los americanos y los españoles podrán concertar los pactos que quieran, pero Cuba es libre dentro de breve término y puede reirse de negociaciones que no favorezcan su emancipación. Y le repito también, que no pasarán muchos días sin que Vd. oiga algo muy sonado, se preparan acontecimientos muy importantes, los cuales reportarán mucho bien a esta Revolución.

En aquel mismo mes escribía Maceo a la valerosa compañera, delegada y mensajera de los libertadores, la inolvidable Magdalena Peñarredonda sobre las más recientes manifestaciones de la prensa norteamericana:

> . . . Opino lo mismo que Ud. por ahora respecto a la actitud e importancia que para nosotros tienen los dos periódicos americanos que me cita en su carta, pues no sé por qué son y han sido siempre nuestros vecinos defensores de ocasión de la causa cubana. Así el apoyo que antes teníamos en el *Herald* trocóse en la enemiga que en aquella ocasión mostraba el *World* y viceversa. Por eso estimo con Ud. que por el momento debemos aprovechar aquella ventaja, aunque fiando el éxito a nuestro propio esfuerzo . . .

Y como se acentuaran aquellos rumores de mediación norteamericana a que ya hemos aludido, llegándose hasta hablar de la posible compra de Cuba por los Estados Unidos y su consiguiente anexión a éstos, el caudillo, de tan vigilante y ardiente patriotismo, tranquilizaba así a su alarmado amigo Lacoste:

> ... Todo va bien por estos lugares, siguen los españoles en la misma actitud de siempre y aún más aletargados por las lluvias y el desencanto que naturalmente ha de producirles la inutilidad de su campaña. Desde el 19 que se presentaron cerca de este campamento, hasta ayer, hemos estado peleando; y cuando se creían satisfechos de haber incendiado unos cuantos bohíos, los ataqué por el centro en Rubí haciéndoles desalojar precipitadamente de esa posición con muchas bajas, mientras que yo solamente he tenido tres y el legítimo placer de verlos huir otra vez. Nuevas presentaciones, en grupos de 20 y de 30, siguen demostrando la falta de entusiasmo dentro del enemigo y el avance de nuestra obra, que no sólo logra aumentar el número de sus partidarios, sino también el parque y armamentos con que se presentan los mismos. Si a esto se añade el refuerzo que nos llega por varios puntos de la Isla, desde el extranjero, puede asegurarse, como ya he dicho, que todo marcha perfectamente; por todo lo cual creo que Mr. Lee, su Gobierno y sus paisanos, no menos que el Gobierno de Madrid, pierden lastimosamente el tiempo si se figuran que la tan cacareada acción política, ya puesta en juego, va a darles resultado...

De paso señalaremos aquí que en aquellos momentos — y frente a la presión anexionista, de origen predominantemente azucarero —, la Junta Revolucionaria de La Habana, compuesta por distinguidos separatistas, hombres civiles, bajo la dirección del eminente profesor y jurista José Antonio González Lanuza, había logrado las firmas de una gran parte de lo más sobresaliente entre la alta burguesía cubana para una proclama de adhesión total a la Revolución que fué presentada al Gobierno de los Estados Unidos por medio de su cónsul en La Habana, en 1896. De este importantísimo documento — que hemos glosado extensamente en nuestra obra, *La Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años* —, dijo su propio redactor principal, el mismo Lanuza: "... en él se dice al presidente que los Estados Unidos no pueden ni deben intervenir sino de acuerdo con la voluntad del pueblo cubano".

La exposición de la Junta Revolucionaria de La Habana fué acogida con gran regocijo por Maceo, cuyo talento y sentido revolucionario le

hicieron comprender enseguida que significaba el apoyo decisivo de elementos de nuestra sociedad hasta entonces muy tibios en su patriotismo o inclinados al autonomismo o al anexionismo. Y dijo a Lacoste:

> La exposición dirigida al Cónsul americano está fundada en sólidas razones y no dudo habrá producido efecto en su ánimo y en el del Gobierno a quien representa. Ahí duele. Insistan en ese punto importantísimo que encierra el único apoyo que faltaba a la revolución en el exterior... Dentro de tres o cuatro días volveré a la lucha, bien restablecido del pequeño rasguño que recibí. Con mi próxima, ya que hoy no puede ser, le enviaré los datos que le prometí para Mr. Lee...

En su *Circular Número 12,* de junio 25 de 1896, después de dar cuenta a sus tropas del avance arrollador de la Revolución y de la propaganda separatista que se lleva a cabo en Francia y en los Estados Unidos, le dice:

> Gran valor alcanza también el hecho de haberse dirigido desde La Habana una exposición, que apoya el Cónsul norteamericano, encaminada a demostrar a Mr. Cleveland que la inmensa mayoría de cuantos viven pacíficamente en las poblaciones y en el campo de Cuba anhelan la patria independiente no menos que el Ejército revolucionario y sus simpatizadores, porque nada bueno deben ni pueden esperar de España.

Sobre este mismo documento escribe Maceo, con fecha 1º de julio de 1896, a su hermano, el valiente entre los valientes, Mayor General José Maceo, en carta que éste no llegó a recibir, porque poco después moría heroicamente en Loma del Gato:

> ... Con esto adquirirán España y el extranjero el convencimiento de que todo el país está con nosotros, y que hasta las clases pudientes, siempre rémora para todos los progresos, hacen su profesión de fe separatista y piden con voz clara y robusta y exponiendo razones muy sólidas, lo mismo que sus hermanos alzados en armas...

Nosotros también consideramos ahora esta exposición como hecho integrante de nuestra tradición antimperialista.

En el mes de julio de 1896, durante su permanencia en El Roble, escribió Maceo tres cartas trascendentales sobre el gravísimo problema

de la intervención de los Estados Unidos en la guerra cubana. Miró refiere que "la grata noticia de la expedición de Leyte Vidal fué amargada por otras, recibidas casi simultáneamente que proporcionaron a nuestro caudillo malestar moral y desencanto".

De esas nuevas recibidas en el campamento de El Roble, unas se referían a complicaciones, dificultades y discordias entre el Gobierno y el Generalísimo, y otras a especies procedentes de Norteamérica. Dice Miró:

> Contribuyó a aumentar su desazón la lectura de varias cartas del extranjero suscritas por personas que, si bien eran amigas, no les ligaba la suficiente confianza con el caudillo para anticiparle el suceso, para ellas venturoso, de la intervención armada de los Estados Unidos.
>
> Esta idea y, sobre todo, el regocijo que despertaba en algunos espíritus la decisión final del pleito por la intervención de la República del Norte, eran motivos de profunda inquietud para Maceo. Quien, como él, tenía fe en el propio esfuerzo, no podía admitir el socorro del extranjero.

Así se lo hace saber Maceo al coronel Federico Pérez, uno de sus mejores amigos según Miró, "para que fuera el vocero más autorizado, entre los compatriotas que residían en el extranjero, de la actitud inquebrantable de los insurrectos".

Oigamos las palabras admonitorias y proféticas de Maceo:

> *De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado y sería indigno que se pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.*

Para que se compruebe cuán necesitados estaban los cubanos, en la República, de conocer la verdad histórica sobre el pasado colonial y las luchas independentistas, frente a la ignorancia en que de uno y otras han vivido, especialmente los nacidos después del 20 de mayo de 1902, voy a transcribir la nota que a ese último pronunciamiento de Maceo pone José Miró, al publicarlo subrayado en la edición de 1909 de su libro *Cuba. Crónicas de la Guerra. La campaña de Occidente*:

> Las frases que hemos subrayado son las mismas que redactó Maceo; así están en el original, que obra en poder del coronel Federico Pérez; y en el copiador de la correspondencia que tenemos nosotros. Hacemos esta salvedad, porque en el monumento del Cacahual se han esculpido en otros términos, que ni siquiera son análogos, y carecen de sentido y de intención. Parece que al grabarlas allí, se trataba de complacer a los españoles y a los americanos, por cuanto se omitió el pensamiento capital. Si se quiere rendir tributo a la verdad, deben ser borradas de aquella columna y sustituirlas por las que hemos copiado literalmente.

Dos días después de la carta que acabo de comentar, se dirige Maceo en parecidos términos a J. D. Poyo, Delegado de la Revolución en Cayo Hueso, expresándole:

> ¿A qué intervenciones ni ingerencias extrañas que no necesitamos ni convendrían? Cuba está conquistando su independencia con el brazo y el corazón de sus hijos; libre será en breve plazo sin que haya menester otra ayuda.

Y el día 16 le escribe al doctor Alberto J. Díaz, residente también en los Estados Unidos:

> No me parece cosa de tanta importancia el reconocimiento oficial de nuestra beligerancia, que a su logro hayamos de enderezar nuestras gestiones en el extranjero, ni tan provechosa al porvenir de Cuba la intervención americana, como suponen la generalidad de nuestros compatriotas. Creo más bien que en el esfuerzo de los cubanos que trabajamos por la patria independencia se encierra el secreto de nuestro definitivo triunfo, que sólo traerá aparejada la felicidad del país si se alcanza sin aquella intervención.

La enemiga del Gobierno norteamericano contra la Revolución cubana libertadora levanta la airada protesta de Maceo, que la personaliza en quien desempeña entonces la Presidencia de la República: Mr. Cleveland. Recogiendo las manifestaciones que desde Nueva York le hace el mismo coronel Federico Pérez Carbó sobre esa actitud anticubana del primer mandatario de la Unión, le dice en carta de 19 de noviembre de 1896:

> Comprendo la impaciencia de Vd. y su inquina hacia las autoridades federales de esa República que, sumisas a la política de

Mr. Cleveland, se han puesto por entero al servicio de España con visible menosprecio de su propia historia, a pesar de los puntos de semejanza que tuvo con la nuestra, al rebelarse contra su Metrópoli la colonia americana para constituirse en nacionalidad independiente. Cleveland con su práctica falaz ha causado, sin duda, mucho daño a la causa de Cuba, pero paréceme que ha empezado a alcanzarlo el castigo a que se ha hecho acreedor por su incalificable conducta contra la opinión del pueblo americano en general.

Así pensó Maceo sobre el sentido y alcance en que debían mantenerse, lo mismo en la Revolución que en la República, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Tan arraigado estuvo en Maceo durante toda su vida el sentido de una Cuba verdaderamente libre, de una Cuba cubana, y de tal modo le repugnaba cuanto pudiese significar dependencia o sometimiento al poderío político y económico de Norteamérica, que él, el único cubano que jamás se cansó de pelear contra la dominación española de Cuba, el protestante de Baraguá, cuando en 29 de junio de 1890, en el banquete homenaje que le ofrecieron en el Hotel Venus de Santiago de Cuba, oyó decir a uno de los comensales — el joven José J. Hernández — que "Cuba llegará a ser, por la fuerza de las circunstancias, una estrella más de la gran constelación americana", le replicó inmediatamente: "Creo, joven, aunque me parece imposible, que ése sería el único caso en que tal vez estaría yo al lado de . . . los españoles".

V

EN CALIXTO GARCIA

Maceo muere también a manos enemigas, y también para desdicha de Cuba, un año después que Martí, en 1896. Pero tampoco queda cortada, por el filo de esta muerte, nuestra tradición antimperialista. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando se hablaba de los Cuatro Grandes, los Jefes de Gobierno que dirigían a las Potencias Aliadas, yo dije que la contienda de 1895 a 1898, última etapa de la gran Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años, había tenido, también sus Cuatro Grandes: el Apóstol Martí, alma y verbo de la Revolución; el General en Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez; y sus dos Lugartenientes Generales, Antonio Maceo y Calixto García. Y los cuatro fueron, asimismo, los cuatro grandes antimperialistas de aquella etapa histórica.

Hemos dicho que entre las mil hazañas de Antonio Maceo se destaca, con fulgor más deslumbrante, su viril protesta en los Mangos de Baraguá. En el brillantísimo historial de Calixto García hay también un momento estelar. En 1874, un año luctuoso en la Guerra Grande, Calixto García, por denuncia de un traidor, se ve cercado por los españoles en su campamento de San Antonio de Bajá, a dos leguas de Veguita; decidido a no caer en manos del enemigo, se lanza en busca de la muerte, disparándose un tiro bajo la boca. Pero el Destino le reserva todavía un glorioso futuro de proezas y también de dolores: la bala sale milagrosamente por encima de los ojos, conservándolos intactos, no sólo la vida, sino además el goce pleno del cerebro y de la vista. Queda en condiciones perfectas para seguir combatiendo, como tan magníficamente lo hará en el futuro. Como dijo Manuel Sanguily, "el plomo le ungió para la gloria, esculpiéndole una estrella en la frente". Muerto Maceo, el que le sucede como segundo en el mando de las tropas mambisas recoge asimismo su bandera antimperialista. Como militar disciplinado, en cumplimiento de órdenes del Gobierno de la República en Armas, prestó ayuda incondicional al Ejército y la Armada de los Estados Unidos, que en realidad intervenían en la lucha, no

para ayudar a los libertadores cubanos — según querían hacer aparecer —, sino para impedir que por sus propias fuerzas Cuba se emancipara de la monarquía española. Pero en Calixto García la previsión patriótica, y por consiguiente, antimperialista, está siempre alerta; él mismo nos revela — en carta dirigida al representante de la Revolución en los Estados Unidos, Tomás Estrada Palma, después de la aceptación de su plan de campaña por los altos jefes norteamericanos, general Shafter y Almirante Sampson — los móviles más profundos que inspiraron su eficacísima cooperación con las fuerzas de los Estados Unidos, diciendo:

> Sólo tenemos que hacer nosotros todo el esfuerzo doble para concluir de arrojar de Cuba a los españoles. Para ello tenemos que luchar al lado de los americanos en primera línea, no permitir nunca que el pabellón americano flote sin que a su lado ondee el de Cuba, que la sangre de estos hombres libres se derrame sin que al lado de la suya empape la nuestra esta tierra que nos vió nacer, y a todo esto dedico yo diariamente mi atención preferente; es mi única preocupación estrechar nuestras buenas relaciones con este ejército aliado, y no dudo que antes de concluir la campaña todo el pueblo de los Estados Unidos estará convencido de que nos sobran condiciones para gobernarnos y para organizar todas las instituciones necesarias para realizar todos los fines de un Estado independiente.

Como admirable estratega fué, con sus huestes, el factor decisivo en el triunfo de las armas yanquis sobre España. Pero la participación, a última hora, de los Estados Unidos en la contienda hispano-cubana y la ausencia total de orientaciones por parte del Gobierno de la República de Cuba en Armas habían producido en Calixto García honda perplejidad, que aparece ya reflejada en su trascendental comunicación al Vicepresidente, doctor Domingo Méndez Capote, dirigida desde Bayamo el 1º de mayo de 1898. Ve, diáfanamente, la crítica situación y la urgencia de que los cubanos se unan y se organicen debidamente en lo militar y en lo civil, a fin de

> mantener reunida en representación amplia del pueblo cubano, una asamblea para tratar con facultades cualquier asunto que a ella se someta y a la cual pueda acudir el Gobierno y los americanos, que no tardarán mucho en hacer ceder a España.

Piensa que aún se está a tiempo para

> hacer ver al mundo que nos contempla que sabemos pensar, que pensamos lo que debemos hacer, y que si ya no lo habíamos hecho, debíase sólo a las dificultades del momento, no a ignorancias o a vicios ingénitos heredados de nuestros mayores los españoles.

Adivina que "España no puede resistir y los Estados Unidos no están dispuestos, por no convenirles, a la perdurabilidad del actual estado de cosas". Por último, insta al Vicepresidente a actuar rápidamente, convocando esa asamblea "para resolver todos los problemas que tenemos encima y que no hay derecho de no solucionar", porque "si nos demoramos, si somos morosos, si no nos damos prisa, vamos a hacer un papel ridículo, si no lo hemos empezado a hacer ya".

> Creo que cumplo con mi deber de cubano – declara – al hacer todas estas manifestaciones a Vd. y a sus compañeros... Ya antes había hablado a usted de ello, y vuelvo a insistir de nuevo porque mi patriotismo así me lo aconseja, y de la pureza de mis intenciones y consejos abonan treinta años de consagración a la independencia de mi patria, que ya veo enseguida, por lo que me apuro más en verla consolidada por completo y libre de todo peligro.

Sabios consejos que, por desgracia, no fueron seguidos. Y después de aquellas sus últimas hazañas, dolorosísimo calvario se abrió para el alto jefe mambí. A la hora del triunfo, alcanzado exclusivamente, repito, por apoyo de los cubanos a los norteamericanos, – como pormenorizadamente y con gran acopio de prueba documental he demostrado en mi libro *La Guerra Hispano-cubanoamericana fué ganada por el Lugarteniente General del Ejército Libertador, Calixto García Iñiguez* – el general Shafter desconoce injustamente esa participación excepcional, y al efectuarse la capitulación española, prescinde del Ejército Libertador y de su Lugarteniente General. Este, ante el intolerable agravio, dirige al general Shafter, carta de enérgica protesta y patriótica rebeldía y renuncia a su cargo militar ante el General en Jefe, Máximo Gómez, que acepta su dimisión, identificado con la actitud nobilísima de su Lugarteniente. Por considerar que tanto la réplica al general norteamericano como la carta en que presenta su renuncia al máximo jefe militar de la Revolución constituyen dos documentos tan reveladores de la actitud dignísima de Calixto García, frente a los Esta-

dos Unidos, que no pueden dejar de figurar en el recuento del antimperialismo de nuestros grandes hombres, los incluímos a continuación. El primero dice así:

> Al Mayor General Shafter, General en Jefe del 5º Cuerpo del Ejército de los Estados Unidos.
>
> Señor:
>
> El día 12 de mayo último, el Gobierno de la República de Cuba me ordenó, como comandante en jefe que soy del Ejército cubano en las Provincias orientales, que prestara mi cooperación al ejército americano.
>
> Siguiendo los planes y obedeciendo las órdenes de sus jefes, he hecho todo lo posible para cumplir los deseos de mi Gobierno, habiendo sido, hasta el presente, uno de los más fieles subordinados de usted y teniendo la honra de ejecutar sus órdenes e instrucciones hasta donde mis facultades me han permitido hacerlo.
>
> La ciudad de Santiago de Cuba se rindió, al fin, al ejército americano, y la noticia de tan importante victoria sólo llegó a mi conocimiento por personas completamente extrañas a su Estado Mayor, no habiendo sido honrado con una sola palabra, de parte de Ud., sobre las negociaciones de paz y los términos de la capitulación propuesta por los españoles.
>
> Los importantes actos de la rendición del ejército español y de la toma de posesión de la ciudad por usted tuvieron lugar posteriormente, y sólo llegaron a mi conocimiento por rumores públicos. No fuí tampoco honrado con una sola palabra, de parte de Ud., invitándonos a mí y a los demás oficiales de mi Estado Mayor para que representáramos al Ejército cubano en ocasión tan solemne. Sé, por último, que Ud. ha dejado constituídas, en Santiago, a las mismas autoridades españolas contra las cuales he luchado tres años como enemigos de la independencia de Cuba. Yo debo informar a usted que esas autoridades no fueron nunca electas por los habitantes residentes en Santiago de Cuba, sino nombradas por decretos de la Reina de España.
>
> Yo convengo, señor, en que el ejército bajo su mando haya tomado posesión de la ciudad y ocupado las fortalezas; yo hubiera dado mi ardiente cooperación a toda medida que Ud. hubiese estimado más conveniente, guardando el orden público, hasta que hubiera llegado el momento de cumplir el voto solemne del pueblo de los Estados Unidos para establecer en Cuba un Gobierno libre e independiente; pero cuando se presenta la ocasión de nombrar las autoridades de Santiago de Cuba, en las circunstancias

especiales creadas por una lucha de treinta años contra la dominación española, no puedo por menos que ver, con el más profundo sentimiento, que esas autoridades no sean elegidas por el pueblo cubano, sino que son las mismas que tanto la Reina de España como sus ministros habían nombrado para defender la soberanía española contra los cubanos.

Circula el rumor que, por lo absurdo, no es digno de crédito general, de que la orden de impedir a mi Ejército la entrada a Santiago de Cuba ha obedecido al temor de venganza y represalias contra los españoles. Permítame Ud. que proteste contra la más ligera sombra de semejante pensamiento, porque no somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada; formamos un ejército pobre y harapiento, tan pobre y harapiento como lo fué el ejército de vuestros antepasados en su guerra noble por la independencia de los Estados Unidos de América; pero, a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown, representamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía.

En vista de todas las razones aducidas por mí anteriormente, siento profundamente no poder cumplir por más tiempo las órdenes de mi Gobierno, habiendo hecho, hoy, ante el General en Jefe del Ejército cubano, mayór general Máximo Gómez, la formal renuncia de mi cargo como general en jefe de esta sección de nuestro Ejército.

En espera de su resolución, me he retirado, con todas mis fuerzas, a Jiguaní.

Soy respetuosamente de usted, Mayor General,

CALIXTO GARCIA.
Mayor General.

Campos de Cuba Libre, 17 de julio de 1898.

y el segundo:

Casa Azul (sobre Santiago de Cuba), julio 17 de 1898.

Al Mayor General Máximo Gómez, General en Jefe de los Ejércitos de Cuba.

En cumplimiento del acuerdo del Consejo de Gobierno de fecha 10 de mayo del corriente año y que me comunicó con fecha 12 del mismo mes el Secretario de la Guerra, de que los generales del Ejército Libertador siguieran y ejecutasen los planes de los generales americanos en campaña, manteniendo el

nuestro su organización propia, pero dispuestos siempre a ocupar las posiciones y prestar los servicios que aquéllos determinaron, contribuí a la ejecución del plan de campaña sobre la ciudad de Santiago de Cuba, que ha dado por resultado la rendición de esta ciudad y de todas las guarniciones afectas a la División del general español Toral. La actitud observada por el mayor general William R. Shafter en todo lo relativo a las capitulaciones para la rendición de los españoles, no dándome intervención alguna en ella como jefe de las fuerzas cubanas aquí reunidas y que tanto han contribuído al éxito de la operación, la forma en que han ocupado los americanos la ciudad no permitiendo la entrada de las fuerzas libertadoras y ni aun la de un simple oficial a menos de que entrara desarmado; el hecho de nombrar autoridades y empleados de aquellos que estaban con el gobierno español, en unos casos, y en otros la de dejar las mismas autoridades y empleados que existían bajo aquel gobierno; la notificación que me han hecho de que ocuparan otras poblaciones de Oriente en la misma forma vejaminosa para nosotros, y otros muchos hechos que han ocurrido y que nos colocan a los miembros del Ejército Libertador en una actitud anormal, más que anormal, ridícula, me obligan a presentar a usted mi renuncia con el carácter irrevocable, pues no estoy dispuesto a seguir obedeciendo las órdenes y cooperando a los planes del Ejército americano, y no quiero que se diga que desobedezco las órdenes de mi Gobierno aún subsistentes.

No tengo más forma de protestar contra la actitud del Gobierno americano que hacer mi renuncia en la forma en que la hago.

En espera de su respuesta quedo de usted atentamente.

P. y L.
CALIXTO GARCIA.

Pero si doloroso fué ese agravio inferido por los yanquis — por no confesar su incapacidad para derrotar por sí solos a España, y poder, en cambio, llevar a cabo sus tortuosas miras imperialistas sobre Cuba —, de mucho más censurable, cruel e injusta es necesario calificar la resolución adoptada ante ese magnífico gesto del general García por el Consejo de Gobierno, destituyéndolo del cargo de Lugarteniente, — al que ya había renunciado —, en un acto de servil y funesto entreguismo al poderoso extranjero ocupante y de abjuración de todos los ideales revolucionarios.

De la preocupación patriótica que en momentos tan trascendentales embargaba a Calixto García, así como de su invariable claridad de

juicio y firmeza de ánimo son prueba más que suficiente – si no bastaran su famosa carta a Shafter y su subsiguiente renuncia a su alto cargo –, estos párrafos de la circular que el mismo día 17 de julio dirigió a las fuerzas a su mando, y que cita su ayudante el capitán Aníbal Escalante Beatón en el libro *Calixto García. Su campaña en el 95*:

Los americanos, que ya empiezan a recibir la ciudad de Santiago de Cuba de manos de los españoles, piensan dejar, mejor dicho, han decidido dejar dos regimientos suyos de guarnición en ella mientras cese este estado anormal de cosas que se caracteriza más que nada por la falta de una personalidad o cuerpo que represente la Revolución ante el pueblo americano, ya que éste, por boca de sus dos Cámaras parlamentarias y Gobierno, ha declarado – si no expresa, tácitamente al menos – que no reconoce como Gobierno del pueblo de Cuba al Consejo actual nombrado por la Asamblea Constituyente de La Yaya. ¿Será reconocido en el futuro cercano este Consejo de Gobierno? ¿De qué modo, en qué forma o por quién se nombrará otro Poder Central único que asuma la dirección total de la vida del pueblo cubano como nación libre e independiente en lo absoluto? ¿Es una Asamblea general del pueblo cubano la que deba decidir sobre la Constitución definitiva de la nación y sobre las instituciones que deban regir? ¿Quién la convocará, quién la reunirá? Todos estos son problemas complejísimos, difíciles de solución y por tanto casi imposibles de contestar ahora.

Ante todo ese aspecto especial y singularísimo del momento más grave de la historia de la Isla de Cuba, el momento que pudiéramos llamar de transición entre la determinación del dominio español sobre la colonia con el triunfo de la rebeldía y la consolidación total de la República de Cuba para todos los que en la Isla hayan visto la luz sin distinción de ideas o partidos, no tenemos más que un camino que seguir, una línea, un plan de conducta que trazarnos, pero que debemos cumplir con decisión inquebrantable, con la misma voluntad de hierro que nos ha sostenido en la lucha contra España hasta conseguir el triunfo final, que no otra cosa representa la intervención de los Estados Unidos y el movimiento y evacuación del ejército español que empieza ahora con la rendición de la capital de Oriente. Esa línea de conducta, ese plan que nos trazamos ahora – y digo nos trazamos porque tengo la seguridad de que todos los revolucionarios pensamos de igual modo – no es otro que el de procurar cada uno en su esfera, desde la más humilde hasta la más alta a que el mayor orden reine en todas partes, que hagamos que sea un hecho el respeto a las personas y las propiedades, en una palabra, que los derechos todos del hombre sean una verdad y que cada uno de nosotros seamos sus más fieles guardianes y defensores. De este

modo probaremos al mundo que teníamos plena razón en querer ser una nación libre e independiente y que nos sobran condiciones para serlo.

Tenemos también que demostrar a los americanos que el Ejército Libertador tiene conciencia plena de su misión y sus derechos. De ahí, y para demostrarle nuestra correción, he decidido, de acuerdo con todos los jefes y oficiales a mis órdenes, que ninguna fuerza libertadora deba entrar en Santiago mientras no llegue el momento en que las autoridades genuinamente cubanas sean las que rijan los destinos de la Ciudad. Confío en que este momento llegará muy pronto, pero interín no podemos observar otra actitud que la antes dicha, y que a no dudarlo nos enaltecerá a los ojos del pueblo americano. Llevando nuestra escrupulosidad al último extremo, no entrará en la población ningún miembro de nuestro Ejército, salvo que sea estrictamente necesario para algo muy indispensable.

Y no se crea que se trataba de ideas y sentimientos exclusivos del gran jefe militar, aunque éste fuera en aquellos instantes su vocero más destacado, salvo el que en próximo capítulo señalaremos. El mismo capitán Escalante nos dice:

Desde el día 16 de julio, en que los generales García y Shafter tuvieran su última entrevista, las relaciones entre ambos ejércitos se hicieron cada vez más tirantes. Un sordo odio hacia los aliados de la víspera se esparcía de cerebro a cerebro de una manera alarmante. Los más exaltados no se ocultaban en expresar públicamente su deseo de venganza. Nuestro jefe, que sentía y pensaba con sus hombres, quiso evitar una hecatombe de fatales consecuencias para nuestra nacionalidad. Ya los cubanos y norteamericanos no podrían hallarse juntos después de lo acontecido y se hacía una necesidad imperiosa el separarlos a la mayor brevedad. La distancia a veces amortigua la antipatía, y a ella habría de recurrirse rápidamente. Comprendiéndolo así, el general García hizo los preparativos para el desalojo de aquellos lugares en el más perentorio plazo. El Cuartel General de Casa Azul dejaría de serlo cuando menos lo pensáramos. Y así fué cómo el 19 de julio, en los albores del día, los primeros contingentes de mambises fueron saliendo del campamento, abandonando definitivamente aquellas trincheras salpicadas de su sangre que hasta aquel día vinieron ocupando en cumplimiento de un pacto que había sido violado por una de las partes contratantes. Con tristeza dejaban sus posiciones queridas y que ya para nada les servirían a los que se quedaban sobre el campo con el fruto de la victoria que a todos pertenecía por igual.

Como nosotros, los cubanos, no habíamos firmado ninguna clase de pactos con los españoles, estábamos en libertad de combatir a éstos en dondequiera que se hallaran. ¿Qué otra cosa podríamos hacer, que no fuera seguir peleando con nuestro enemigo de todos los tiempos, hasta que el porvenir aclarase nuestra situación original? Aunque teníamos un aliado en nuestra lucha por nuestra independencia, ¿se podría confiar en su sinceridad después de lo que el general Shafter había hecho a sus colaboradores de Santiago? ¡Con razón era temida esa alianza de un pueblo pequeño con uno poderoso, por muchos de nuestros compatriotas! Los temores de muchos de nuestros grandes dirigentes parecía iban a ser confirmados. El Tiempo diría su última palabra.

Y, confirmando, desgraciadamente, la patriótica preocupación de Calixto García, del capitán Escalante, y de muchos otros de sus compañeros libertadores, el Tiempo dijo su palabra de cruel traición a los heroicos esfuerzos independentistas de los hijos de Cuba.

Poco después desaparecía para siempre de la escena cubana Calixto García. Enviado a Washington para presidir una comisión encargada de gestionar asuntos pertinentes al licenciamiento del Ejército Libertador, una rapidísima enfermedad acabó con aquella vida que las balas siempre habían respetado. Al referirse a su muerte en tierra extraña, Manuel Sanguily dijo en un discurso consagrado en 1916, a la memoria del héroe: "La dolorosa noticia ocasionó en La Habana desórdenes sangrientos, y luego sus funerales fueron violentos y tumultuosos como si su nombre, aun después de muerto, fuese nuncio de agitación y de combate". Bajo esta conmoción popular sentimos la angustia, la desconfianza, la ira del pueblo que ya se siente defraudado, que adivina sórdidas intrigas, y cuyo dolor y recelo son, en lo hondo, manifestaciones antimperialistas.

VI

EN MAXIMO GOMEZ

Solamente supervivía a la guerra uno de los Cuatro Grandes. Pero éste también pensaba y sentía como antimperialista. Luchador fiero por la total independencia de Cuba, que rechazaba con igual violencia al integrismo que al autonomismo, no podía sino ansiar ver a Cuba libre de toda influencia extraña. En carta a su esposa, de 1896, le confía las ilusiones que entonces le animaban:

> Santo Domingo es la nación, de todas las Américas, la más obligada por la ley de la historia y de la naturaleza (dos leyes que se comete gran pecado en conculcar) a ser la primera aliada de la nación cubana. En vano los yanquis, con su poderoso mercantilismo y sus aspiraciones absorbentes, tratan de enamorar a Cuba, aprovechándose de sus conflictos. Ella será libre; les pagará sus favores cortesmente, pero no se echará en sus brazos, y Santo Domingo será su predilecta, y lo será por la sangre y por la historia, por su sol y por sus brisas. A Santo Domingo le conviene eso; le conviene a Cuba. Sueño con una ley que declarase y lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre, que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Es muy sugestivo el rasgo que de Máximo Gómez anota Fermín Valdés Domínguez en su *Diario*, el 6 de mayo del 97:

> La otra mañana hablaba el General de las distintas fases que sufren las guerras de la independencia, como ésta y decía: "Hay dos clases de presentados; los que se van al campo español, y los que moralmente ya lo están: son éstos los que sueñan en reconocimiento y creen que el nuevo Presidente de los Estados Unidos nos dará la independencia. ¡Estos hojalateros son también presentados!

Ya desde 1895, y a lo largo de toda la contienda, el General en Jefe mantenía y mantendrá su inquebrantable postura antimperialista. Mientras Estrada Palma realiza gestiones cerca del Ejecutivo y de los con-

gresistas norteamericanos para interesar a aquél y éstos en favor de la causa cubana, concierta contratos con negociantes judío-yanquis encaminados a lograr la independencia, por compra de la Isla a España, con la garantía del Gobierno de Washington, o mediante el reconocimiento de la soberanía de Cuba por los Estados Unidos, y participa periódicamente en sus cartas a Máximo Gómez las esperanzas que tiene de alcanzar éxito en sus gestiones y lograr la declaración de beligerancia en el Congreso sancionado por el Presidente norteamericano, el Generalísimo no le da gran importancia a esa labor y contesta siempre al Delegado en el tono de este párrafo de su carta de 8 de noviembre de 1895:

> Por acá se habla demasiado de reconocimiento de beligerancia, pero nosotros — sin preocuparnos poco ni mucho de sucesos que han de venir — todo lo fiamos al esfuerzo de nuestro brazo e inquebrantable resolución.

Y ya desde esa fecha comprende y anuncia que la beligerancia sólo será reconocida "cuando a los norteamericanos convenga". Prevé, en otras cartas posteriores a Estrada Palma, que esa intervención sobrevendrá, y en la de 28 de octubre de 1898 llega hasta afirmar que "acaso nuestros esfuerzos aprovechen más que a nadie a los americanos".

Después, cuando Estrada Palma ni siquiera le participa oportunamente la concertación de la paz entre los Estados Unidos y España, y Máximo Gómez se queja, en carta abierta, de ese lamentable olvido, también le hace presente las desatenciones oficiales que los norteamericanos han tenido para con él y la sequedad con que siempre lo han tratado y recalca que tal actitud "no ha hecho ni hará mella alguna en mi espíritu".

Pero sí es de notar, al paso, la viva reacción íntima de Máximo Gómez, en 1898, frente a un hecho, que por cierto no fué el único, pues el capitán Escalante nos refiere otros análogos, y que a la luz de acontecimientos posteriores no puede sorprendernos, ya que bien hubo de verse que la conducta reprobable del general Shafter obedecía al sentir general en el gobierno y el ejército de los Estados Unidos. El 23 de julio, el General en Jefe recoge en su *Diario de Campaña* la noticia de un gravísimo incidente ocurrido el 19, durante la toma de El Jíbaro, un "lamentable desacato" cometido "por el jefe Thompson (o Johnson), de la Sección de Americanos, desobedeciendo las órdenes del General

José Miguel Gómez y ultrajando nuestra bandera, sin respeto a nada ni a nadie".

Y Máximo Gómez comenta, rebosante de patriótica indignación:

> Ha sido, según el expediente instruído, un acto tan incivil el que han cometido estos oficiales americanos, que casi ha rayado en salvajismo. Sin duda su ignorancia es tan crasa que no les ha permitido conocer a la luz de nuestra propia historia las consideraciones y respeto que merecemos, no solamente de los que se honran con ser amigos de nuestra causa, sino hasta de nuestros propios enemigos. Profanar la enseña noble de este pueblo heroico, faltar al respeto de uno de nuestros generales y despreciar nuestras leyes, eso, después de los españoles, sólo se le ocurre a un americano borracho y brutal.
>
> Todo eso es preciso tener en cuenta como un detalle importante para la historia de esta guerra. En el expediente está todo sucintamente explicado.

Conviene agregar que todavía entonces el General en Jefe ignoraba lo sucedido en Santiago de Cuba al Lugarteniente General del Ejército Libertador.

Cuando surge la ocupación norteamericana en 1899, acepta Máximo Gómez los hechos consumados, pero sigue firme en sus ideales revolucionarios de independencia absoluta, comprende perfectamente, y así lo hace público en su *Proclama al Pueblo y al Ejército*, de 29 de diciembre de 1898, ya transcrita, la singular y dificilísima situación que a Cuba se le presenta con ese inesperado acontecimiento. Y, firme en sus ideales revolucionarios de independencia absoluta, no siendo Cuba, "ni libre ni independiente todavía", aconseja que todos "nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible", ofreciéndose a los cubanos "a ayudarlos a concluir la obra a la que he consagrado toda mi vida"...

En carta a José Dolores Poyo, de 1899, le dice indignado:

> No sé si usted habrá leído una hojita suelta anónima que anda por ahí hablando de anexión; y firmada por un cubano, que lo puede ser o no. Pero aun hecha esta consideración, debo decirle a usted que repugna profundamente a mi corazón aquella idea. ¡Cómo hay en Cuba quien piense en eso! Sería el colmo de la degradación política y social y la mancha más negra que pudiera caer en la historia de uno de los pueblos más cultos y heroicos de América.

Asimismo, juzga que la ocupación norteamericana dejó al pueblo cubano "incapacitado y reducido a la obediencia del tutelaje impuesto por la fuerza de las circunstancias", agregando:

> Nunca, ni cuando combatimos a Weyler con sus 250,000 soldados, corrió mayores peligros la patria cubana, como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa...

Y formula en su problema de despedida al pueblo cubano, de donde he tomado estos últimos pronunciamientos, los siguientes patrióticos votos:

> Que por imprevisiones nuestras no se aleje el gran día en que gallarda ondee nuestra bandera sobre las fortalezas donde por largos años ondeó la de la opresión y ahora ondea la del tutelaje por un mandato de sucesos consumados.

Sin embargo, su último pensamiento sobre la actuación imperialista de los Estados Unidos, que ya había empezado a arrancarse en Cuba la careta de generosidad, quedaba ya de manifiesto en estos párrafos de su *Diario de Campaña* escritos en 8 de enero de 1899:

> Los americanos están cobrando demasiado caro, con la ocupación militar del país, su espontánea intervención en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia.
>
> Nadie se explica la ocupación. Así como todo espíritu levantado, generoso y humano se explicaba, y aún deseaba, la intervención.
>
> Siempre es laudable y grato el oficio de factor de paz y concordia, de armonizador; pero, indudablemente, queda desvirtuada la obra cuando en ella se ostentan sin reparo el espíritu y las tendencias de especulación. La actitud del Gobierno americano con el heroico pueblo cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio, aparte de los peligros que para el país envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos, que debe dar, desde un principio, consistencia al establecimiento de la futura República; cuando todo fuera obra completamente suya, de todos los habitantes de la Isla, sin distinción de nacionalidades.
>
> Nada más racional y justo que el dueño de una casa sea él mismo, que la va a vivir con su familia, el que la amueble y

> adorne a su satisfacción y gusto; y no que se vea obligado a seguir, *contra su voluntad y gusto*, las imposiciones del vecino.
>
> De todas estas consideraciones se me antoja creer que no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura, mientras dure el gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dimanante de un poder extranjero, y por tanto ilegítimo e incompatible con los principios que el país entero ha venido sustentando tanto tiempo, en defensa de los cuales se han sacrificado la mitad de sus hijos y han desaparecido todas sus riquezas.
>
> Tan natural y grande es el disgusto y el apenamiento que se siente en toda la Isla, que apenas el pueblo ha podido expansionarse celebrando el triunfo de la cesación del poder de sus antiguos dominadores.
>
> Tristes se han ido ellos, y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituído. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero las palabras Paz y Libertad no debían inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia, entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado, con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.
>
> La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo, de miseria material y de apenamiento por estar cohibido en todos sus actos de soberanía es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Pero Máximo Gómez, por su condición de extranjero — que él mismo se empeñaba en recalcar como causante de su actitud, a pesar de haber hecho por la libertad de Cuba infinitamente más que la mayoría de sus hijos —, y probablemente, también, por la situación espinosísima que le había creado su destitución de General en Jefe por la Asamblea del Ejército Libertador, en marzo de 1899, se retiró casi por entero de la vida pública, y no ejerció, desde entonces hasta su muerte en 1905, la influencia poderosa que merecía por sus virtudes, su talento y su obra revolucionaria.

Más no porque citemos sólo algunos nombres preclaros ha de suponerse que fueran éstos los únicos que mantuvieron, en Cuba y en la época de que estamos tratando, los ideales cubanos que nunca podrían realizarse sino en oposición al imperialismo. No. A lo largo de esta

dolorosa etapa y de las que le siguieron, hubo mucho luchador humilde y abnegado al servicio de esta buena causa, algunos en la política, muchos más en la prensa, entre los intelectuales y en las filas populares. En este rápido recorrer de la trayectoria antimperialista en nuestra tierra, solamente tocamos las cimas de la cordillera . . .

VII

ENTRE LA GUERRA LIBERTADORA Y LA REPUBLICA. EN JUAN GUALBERTO GOMEZ

Por culpa del nuevo imperialismo, la lucha incansable de nuestro pueblo por hacer realidad el ideal de independencia no termina con el cese de la soberanía española sobre Cuba. Hay luego una campaña incruenta pero colmada de aquel bregar duro y meritísimo de quienes, cuando a través de la sangre, el luto y el fragor de mil combates, creen tener en las manos el triunfo, chocan con la desilusión y dolor de descubrir que aún han de seguir peleando, con otras armas, para obtener lo que ya su valor les había ganado.

Los cubanos de hoy saben poco de aquella lucha que sí recuerdan los más viejos de entre nosotros, porque ensombreció nuestra infancia, persiguiéndonos dentro del recinto familiar donde las angustiadas conversaciones de nuestros padres y de los amigos de la casa nos hacían percibir algo de aquel amarguísimo cáliz de incertidumbres, recelos, desilusiones, esperanzas tronchadas al nacer, indignaciones y dolores que el imperialismo naciente nos dió a beber a lo largo de aquellos tres años de ocupación militar y de continuas amenazas de anexión, hasta que, en las últimas gotas, nos vertió la dedada de miel de una República ilusoria para que sorbiésemos mejor el veneno de la atadura política y económica.

El recelo y la lucha comenzaron enseguida.

Con motivo de la entrada en La Habana del general Gómez y de la pública celebración por los gobernantes norteamericanos, pocos días antes, el 22 de febrero, del natalicio de Washington, publicó *La Discusión* este mismo día un editorial intitulado *Washington y Gómez* — fidelísima expresión de los sentimientos y anhelos del pueblo cubano — en el que hacía resaltar el hecho de ser ésa la primera vez que los norteamericanos conmemoraban dicha efemérides

> en territorios ajenos ocupados militarmente por sus soldados republicanos, que, contradiciendo el glorioso fin de su instituto limitado a la guardia de la democracia doméstica, deslustran el brillo de las estrellas nacionales, sojuzgando, en guerra ignominiosa de conquista, a remoto y bravo pueblo celoso de su libertad e independencia, detentando, por gajas de guerra internacional, isla resignada y sin ventura, y sometiendo a tutela incómoda la isla tres veces heroica que, altiva en su derecho y fuerte en su voluntad, no se desliga de su antigua metrópoli para enlazarse a otra obediencia que no sea la de su propia soberanía.

Refiérese después el editorialista cubano al contrasentido existente entre esa rememoración gloriosa y la conducta y actitud de los gobernantes norteamericanos para con los pueblos de Filipinas, Puerto Rico y Cuba, los que

> escucharon absortos los estampidos de los cañones y las descargas de los fusiles con el son trágico y funerario que les anuncia, no la consagración de la grandeza republicana de Washington, sino como la ejecución extraña, si vale la frase, de la memoria de aquel inmortal representante de la democracia... esas salvas no se hacen, y ese júbilo no estalla, y esas conmemoraciones no se realizan en los tres pueblos melancólicos para honrar la sacra memoria de Washington ofreciéndoles, en su nombre, las actas de su independencia, sino respectivamente, la conquista, la anexión y la tutela... ¡Terrible sarcasmo de la política el de conmemorar el recuerdo del fundador de la nación más libre del mundo, adalid y apóstol de la independencia nacional, en momentos en que brutalmente se arrebata o arteramente se coarta la independencia nacional de tres pueblos!

Terminaba el vibrante, patriótico y oportuno editorial con estas palabras:

> No, no podrían los americanos que con nosotros reciben y festejan a nuestro invicto caudillo darle la bienvenida con ánimo de faltar al sagrado compromiso de su deber y de su honor en la hora misma en que bendicen la memoria del inmortal soldado y compatriota que proclamó, con la del suyo, la independencia de los pueblos y cuyos manes acaso se estremecerán, sorprendidos, ante el afán desapoderado de conquista que prevalece hoy en su patria y que nubla con niebla de deshonor las luminosas estrellas de su cielo.

Es de notar, asimismo, que la lucha se libraba también contra la absorción económica de Cuba por los Estados Unidos.

Inmediatamente después de ocupada la Isla por los Estados Unidos, se inició la adquisición de tierra y el fomento de industrias y comercio, por capitalistas y negociantes norteamericanos. Los propietarios cubanos, arruinados por la guerra y sin fe en el futuro de una Cuba verdaderamente independiente, comenzaron a enajenar sus fincas. Y como tampoco creían entonces muchos norteamericanos que su Gobierno cumpliera la palabra empeñada en la *Resolución Conjunta* y concediera la independencia a los cubanos, negociantes y capitalistas inundaron la Isla en "ola inmigratoria" que el publicista norteamericano Leland H. Jenks, en su obra significativamente titulada *Our Cuban Colony* (*Nuestra colonia cubana*) compara con "los movimientos de grandes masas en nuestros propios Estados del Oeste".

No debe olvidarse que este despojo económico contra Cuba, a manos de inversionistas y negociantes yanquis y con el apoyo del gobernador de Cuba, Leonardo Wood y la complicidad del presidente de los Estados Unidos, McKinley, se realizaba saltando por encima de las disposiciones de la ley Foraker, implantada desde marzo de 1899 como consecuencia de las demandas formuladas al Secretario de Justicia norteamericano por la Comisión de la Asamblea de Representantes de la Revolución que visitó Washington en diciembre de 1898, en el sentido de que se prohibiera el otorgamiento de privilegios y concesiones de toda índole durante el período de la intervención norteamericana, pues ello correspondía en justicia a la futura República de Cuba.

No obstante ser muy fáciles las violaciones de la ley Foraker, los negociantes norteamericanos, en complicidad con los gobernantes de la Isla, trataron de lograr su derogación, a fin de tener vía libre para la explotación, en todos los aspectos y en gran escala, de la tierra y la economía cubanas.

El señor Rafael S. de Calzadilla levantó su voz desde las páginas de la revista *Cuba y América* contra los interesados argumentos lanzados en favor de tal derogación por el diario *The Havana Post*, con el hipócrita pretexto de que esa ley era "inconveniente al desarrollo de la riqueza del país", manteniendo, en cambio, el articulista cubano que

> la obra de la reconstrucción puede realizarse dando amplios horizontes a las actividades del país, mediante la cooperación, efectiva e íntima, de todas sus fuerzas vivas; o lo que es lo mismo, por

> nuestro propio esfuerzo, eficazmente combinado e inteligentemente dirigido,

por entender que "ese es el medio que aconseja el buen sentido y que dicta el patriotismo", pues

> lo otro, clamar por la concesión de grandes privilegios, para que vengan a beneficiarse pingüemente individuos extraños a nosotros, y a intervenir, por ende, con la influencia poderosa que presta el capital, en nuestras cosas, haciendo más complejos nuestros problemas, y más heterogénea nuestra sociedad, puede ser muy lucrativo para dos o tres caballeros, en su consideración particular; puede ser un procedimiento muy cómodo y expedito de producir un repentino estado de fugaz bienestar, una verdadera alcoholización económica; puede dar, momentáneamente, trabajo al pueblo, produciendo la ilusión de aparente prosperidad; pero semejante estado no sería en sí más que la excitación del monopolio, — que en cualquiera de sus fases, o bajo cualquiera de sus formas, consiste en el enriquecimiento de unos pocos a expensas del empobrecimiento de unos muchos, que en este caso son los naturales de Cuba.

Entretanto, el presidente de los Estados Unidos, McKinley, dirigía la trama de políticos y negociantes norteamericanos, en favor de la anexión de Cuba. Se llegó a extremos tales como éste: Leonard Wood, el segundo gobernador militar de Cuba, que había sustituído al primero, general John R. Brooke, por considerársele individuo mucho más propio para tales manejos, escribió al Secretario de la Guerra de los Estados Unidos, Elihu Root:

> El pueblo de Cuba es partidario de que continúen los Estados Unidos en la Isla, y creo que no está preparado para la vida republicana, por lo que sobrevendrá el caos si no conservamos el control sobre Cuba... Máximo Gómez me ha dicho que sesenta días después de inaugurada la República habrá lucha y se derramará sangre en Cuba por cuestiones políticas.

¡Se atrevió a tergiversar, en entrevista de prensa, las palabras del Libertador, afirmando que éste le había dicho: "Si los americanos se retirasen hoy, yo me iría con ellos..."! Es de suponerse la indignación del General en Jefe y de todos los patriotas. Wood dijo, en Cuba, que había habido un error de interpretación en los periodistas. Pero en los Estados Unidos nunca se puso en claro la monstruosa falsedad. Veíase,

sin embargo, muy difícil, la anexión inmediata y directa, tanto por la actitud del pueblo cubano que, después de su heroica guerra, seguía en pie de lucha, como porque los Estados Unidos no se atrevían a dar, frente al mundo entero, el escándalo que significaría arrebatar a la pequeña y valerosa Cuba toda la libertad por la que tan denodadamente había combatido. Agreguemos también que existía todavía en los Estados Unidos una independencia de criterio y una libertad de prensa que permitían la expresión, en diversos sectores, de una opinión favorable a nuestro país, tal como sería inimaginable pretenderla hoy. Estos motivos hicieron que el gobierno norteamericano cambiase de táctica, optando por ofrecer a los cubanos la República convocando a una Convención que redactara la Constitución del nuevo Estado, para imponerles inmediatamente, como precio a esta ficción de independencia, la aceptación de una dependencia total. Se trataba de la famosa Enmienda Platt, que aseguraría la absorción y explotación política y económica de la futura república por el imperialismo yanqui, tanto en lo que al propio Gobierno se refería, con su secuela del derecho de intervención y del establecimiento de estaciones navales en tierras y aguas cubanas, como en la garantía de protección al despojo económico contra Cuba a manos de inversionistas y negociantes yanquis y a la privilegiada posición de que gozarían los productos norteamericanos de toda índole merced a un tratado de reciprocidad, de hecho unilateralmente concertado.

Desde el momento en que — después de votada y firmada el 21 de febrero de 1901, por los miembros de la Convención Constituyente, la Constitución de la República de Cuba — el general Wood dió a conocer privadamente a la Comisión de la Convención encargada de dictaminar sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba — asunto que figuraba en el texto de la convocatoria de aquélla —, los propósitos del gobierno de McKinley de exigir a los cubanos determinadas condiciones para la entrega definitiva de la Isla y el establecimiento de un gobierno nacional, se inició la indignada oposición contra tales exigencias que restringían la soberanía de la República, y se desató lucha desesperada, y no menos patrióticamente heroica que la librada en los campos de la Revolución armada, por conquistar la independencia y la libertad efectivas de la nueva nacionalidad; lucha que se intensificó al ser conocido el texto de la citada *Enmienda,* y mucho más después de aprobada ésta por el Congreso norteamericano, produciéndose

en toda la Isla intenso movimiento, de protesta en unos, de desaliento en otros, de sorpresa en los más, aunque no faltó la embozada satisfacción de aquéllos que sólo pensaban en lograr garantías para el desarrollo de sus intereses y sus negocios.

Los elementos populares eran los más sorprendidos e indignados, ignorantes como se hallaban de las viejas miras de los Estados Unidos respecto a Cuba y de su política, inalterable desde la época de Jefferson, de mantenimiento de la soberanía de España en la Isla hasta tanto conviniese a los Estados Unidos que ésta pasase a sus manos en lo político, ya que en lo económico Norteamérica era la metrópoli de Cuba desde muchos años antes de la *Guerra Hispano-cubanoamericana*, pues en el período del Zanjón al 95 Cuba se había transformado en colonia económica de los Estados Unidos, aunque continuara siendo colonia política de España.

El licenciado Antonio Bravo Correoso, delegado a la Convención, en su obra *Cómo se hizo la Constitución de Cuba*, pinta así el cuadro que ofrecía Cuba en aquellos trascendentales momentos:

> El país entró en un período de agitación extraordinaria. Las manifestaciones se sucedían unas a otras en todos los pueblos, en son de protesta que repercutió en Washington, contra la imposición de los Estados Unidos. Abierta la válvula, el patriotismo se exhibió tan ampliamente, que pudo crear conflictos de orden público y de muy lamentables consecuencias personales y hasta sociales. El ideal soñado parecía no realizarse. El horizonte, ensombrecido, apenas permitía vislumbrar la cercanía del sol que nos iluminara a todos en trance tan apurado.

El 2 de marzo de 1901 el pueblo de La Habana demostró sus sentimientos independentistas en desbordante manifestación pública, integrada por todas las clases de nuestra sociedad, unidas en un mismo ideal patriótico, contra la *Enmienda Platt*, que acababa de aprobar el Congreso de los Estados Unidos y que ese mismo día sancionó el presidente McKinley.

Millares y millares de manifestantes recorrieron calles y plazas hasta el local de la Asamblea Constituyente primero, y el Palacio del Gobernador Militar después, entregándole al Presidente de aquélla, y a éste, sendas exposiciones y pronunciándose exaltados discursos, reveladores, unas y otros, de la firme voluntad cubana de ser libres.

Es interesantemente revelador del estado general de opinión existente en toda la Isla en favor de la independencia absoluta y contra los turbios manejos anexionistas de McKinley y Wood, que al aparecer, el 11 de abril de 1901, en La Habana, un nuevo periódico a la moderna, *El Mundo*, tuviese, como hoy se dice, por consignas básicas combatir desde el primer momento la *Enmienda Platt* y reclamar que la República de Cuba surgiese sin trabas ni limitaciones, a tal extremo que puede decirse que este periódico se creó para luchar por la independencia pronta y total de Cuba.

He aquí algunas frases de sus primeros editoriales:

> Los que, como nosotros, no dudamos en la eficacia de las ideas y tenemos fe en la victoria definitiva de la Justicia, levantamos el corazón y afirmamos con energía el triunfo de la voluntad y de la razón, con tanta mayor confianza cuanto mayor es cada día el avance de la democracia y más decidida y enérgica la voluntad del pueblo martirizado y glorioso de Cuba, de constituirse en nación independiente, en república libre, democrática y progresiva. La única salvadora solución para los problemas económicos de Cuba, reside en la independencia. A su sombra podrá nuestra tierra establecer aranceles racionales, tratados ventajosos para Cuba y a la vez con los Estados Unidos, que son por incontrastable condición geográfica, nuestra metrópoli comercial única; ir a la reciprocidad, si es posible... No está, pues, en la *Enmienda Platt* nuestra redención económica, como algunos malévolamente sugieren, ni el remedio a nuestros males en el sometimiento incondicional a las aspiraciones interesadas que esa enmienda envuelve.
>
> . . . .
>
> Evidente derecho tenemos, hoy que los Estados Unidos ejercen sobre nosotros el derecho que les da la fuerza, a analizar el espíritu imperialista que reina en los políticos de aquel gran país que siempre fué modelo de justicia y de magnífica administración. Y este espíritu imperialista que vibra en el fondo de las más sencillas resoluciones del poder yanqui, y que puede ser a la larga el ejecutor de grandes desastres, obedece a causas conocidas y condiciones de raza que importaron los conquistadores británicos... Basada la riqueza en el poder, el poder descansa en el imperialismo. Llega la hora de las ambiciones, y constantemente se aniquila a los pobres pueblos que se levantan, como Washington levantó el suyo...

El 14 de abril descubría *El Mundo* las intrigas de Wood contra la Convención Constituyente para forzar que éste apruebe la *Enmieda Platt* reclamando que el pueblo cubano apelase directamente al pueblo norteamericano, censurando, al mismo tiempo, el desgobierno de Wood al disponer el pago de las deudas municipales contraídas por el régimen español.

Así continuaba *El Mundo* su lucha encarnizada contra la *Enmienda Platt*, hasta la definitiva imposición de éste a la Convención Constituyente; y no hubo ni un número en que dejara de denunciar a los periódicos mercantilizados defensores de la *Enmienda* y de la intervención, como el *Diario de la Marina*, o a los francamente anexionistas, como *The Havana Post*; o a instituciones — la *Sociedad Económica de Amigos del País* — que se había pronunciado favorablemente a dicha *Enmienda*. Igual batalla libró *El Mundo*, hasta la instauración de la República, contra los desafueros administrativos del gobernador Wood.

Ya aludimos a la actitud invariablemente antimperialista del General en Jefe del Ejército Libertador. En la dolorosa etapa a que ahora nos estamos refiriendo, iniciando unas veces y respaldando otras, los pronunciamientos populares en favor de la independencia sin cortapisas intervencionistas, figuró siempre el general Máximo Gómez, desde su proclama al pueblo cubano y al ejército, lanzada el 29 de diciembre de 1898, en su cuartel general del *Central Narcisa*, donde se encontraba acampado; y en todas las oportunidades en que le tocó actuar; en su entrevista con Robert P. Porter, enviado personal del presidente McKinley para intrigar en pro de la anexión; en su recorrido triunfal de Remedios a La Habana; en su oposición a que se contrataran por la Asamblea de Representantes de la Revolución empréstitos con negociantes y financieros yanquis; y en sus relaciones con los gobernadores Brooke y Wood.

Justo es mencionar aquí como un valiosísimo aporte a la campaña antimperialista, el formidable alegato del Dr. Evelio Rodríguez Lendián, profesor de Historia de la Universidad de La Habana, *La independencia absoluta como el ideal cubano*, discurso pronunciado en la solemne apertura del curso académico de 1899 a 1900, ante el gobernador militar norteamericano, John R. Brooke.

Los miembros de la Convención Constituyente lucharon con denuedo contra la *Enmienda Platt*; contraproposiciones al Gobierno de

McKinley, largos debates, acuciosos estudios, sobresaliendo entre ellos la notabilísima ponencia de Juan Gualberto Gómez

Es el momento máximo de la actuación de este firme luchador antimperialista, que es quien más se destaca como campeón de esta tendencia durante el período inmediatamente anterior a la instauración de la República, junto con Manuel Sanguily y otro prócer de la Guerra de los Diez Años, Salvador Cisneros Betancourt, el famoso Marqués de Santa Lucía, que había sido Presidente de la República en Armas. Juan Gualberto Gómez, el gran combatiente intelectual del separatismo, el representante de Martí en Cuba para la preparación de la Guerra de 1895, ya se había distinguido por su digna y patriótica actitud ante la intervención americana en Cuba, desde el alto cargo que desempeñó en la Asamblea de Representantes de la Revolución a que ya nos hemos referido, celebrada de octubre de 1898 a abril de 1899 en Santa Cruz del Sur. Y tanto se había hecho notar en su defensa de los mejores intereses cubanos, que se afirmó que el gobernador Wood había apelado a muy turbios manejos para tratar de impedir su elección para la Constituyente. En verdad, si en la Asamblea de Representantes, efectuada a raíz de la final derrota española, había sabido hacerse campeón de la personalidad de la Revolución, encarnada en el Ejército Libertador y en el Gobierno de la República en Armas, apenas comenzó en Cuba la vida política bajo las intrigas de Norteamérica contra la independencia, fué Juan Gualberto Gómez el más ardoroso combatiente contra los alevosos proyectos de anexión, primero, y luego contra toda cortapisa que pretendiera imponérsele a la plena soberanía de la nación cubana. A ello se encaminaron sus campañas periodísticas en *La Discusión* y en el diario *Patria*, que dirigió después de Enrique José Varona, y sus campañas políticas como fundador y vicepresidente del Partido Republicano, que por su actitud antintervencionista y de noble nacionalismo, se atrajo entonces grandes simpatías populares. Esta conducta invariablemente rectilínea en defensa del más puro ideal independentista lo llevaría a ascender, paso a paso, a la posición sin par que asumió en la primera Constituyente cubana, como valedor por excelencia del legado de nuestros libertadores y de la voluntad del pueblo de Cuba.

Presentada el 7 de marzo de 1901 por el Gobernador Militar norteamericano, la tristemente famosa *Enmienda Platt*, abrió fuego inmediatamente contra ella una personalidad de tanta relevancia revolucionaria

como Manuel Sanguily. Pero el peso mayor de la lucha lo llevó Juan Gualberto Gómez quien presentó el día 26 del mismo mes la ponencia que le había sido encargada a una comisión nombrada al efecto y que él presidía. Este notabilísimo documento, obra exclusiva de Juan Gualberto Gómez, aunque expresaba, previamente, que la Convención debía rechazar de plano la *Enmienda* sin discutirla, porque alteraba esencialmente, tanto la Resolución Conjunta de 20 de abril de 1898, por la que se había declarado: "El pueblo de Cuba es, y de derecho debe ser libre e independiente", como el Tratado de París de 10 de diciembre del mismo año, al colocar indebidamente a Cuba bajo la jurisdicción y soberanía de los Estados Unidos, explicaba que "por deferencia al Gobierno de los Estados Unidos, para ilustración del pueblo norteamericano y para conocimiento del mundo civilizado", pasaba a hacer el estudio y crítica de cada una de las cláusulas de dicha *Enmienda*, rechazando enérgica y razonadamente las cláusulas tercera (derecho de intervención por parte de los Estados Unidos sobre Cuba), sexta (omisión de la Isla de Pinos de los límites de Cuba hasta un futuro arreglo con los Estados Unidos), y séptima (venta o arriendo de tierras para estaciones navales o carboneras), explicando que no podía aceptarlas la Comisión,

> pues entiende que atentan al principio de la independencia y soberanía del pueblo de Cuba, a la par que mutilan injustificadamente el territorio de la Patria, apartándose por completo del contenido de la *Joint Resolution* de 20 de abril de 1898, del Tratado de París y de todos los compromisos y declaraciones anteriores del Gobierno de los Estados Unidos.

Pasaba inmediatamente Juan Gualberto Gómez a hacer el análisis y crítica de cada una de las referidas cláusulas de la *Enmienda* que consideraba inaceptables por la Convención.

De manera especial se detiene en el estudio de la cláusula tercera, refutando cada uno de los cuatro fines que persiguen los Estados Unidos al pretender que el Gobierno de Cuba les reconozca el derecho de intervenir. *Primero. Para la conservación de la independencia cubana.* Juzga el ponente que esta conservación tiene que referirse a las agresiones del exterior, y que el propio pueblo cubano debe tener más interés que los Estados Unidos en mantener su independencia, no concibiéndose mayor celo en aquéllos que en el Gobierno de Cuba, ni

que éste permanezca indiferente ante una amenaza externa y ni siquiera tome la iniciativa de llamar en su auxilio al pueblo amigo; y como se reservan los Estados Unidos la facultad de decidir cuándo y cómo deben intervenir, esto equivale "a entregarles la llave de nuestra casa para que puedan entrar en ella a todas horas, cuando les venga el deseo, de día o de noche, con propósitos buenos o malos". *Segundo. Para el mantenimiento de un Gobierno ordenado.* Esta pretensión destruye el principio de la independencia y soberanía de Cuba, de hecho y de derecho, la dirección de nuestra vida interior; profetizando Juan Gualberto Gómez los desastrosos resultados y consecuencias que para la vida política y administrativa de Cuba ocasionaría, como lo ocasionó en la práctica, ese catastrófico derecho de intervención del Gobierno de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores, "para el mantenimiento de un gobierno adecuado". Y sucedió, desgraciadamente, todo cuanto don Juan previó entonces que ocurriría:

> Sólo vivirían los gobiernos cubanos que cuenten con su apoyo y benevolencia [del Gobierno de los Estados Unidos]; y lo más claro de esta situación sería que únicamente tendríamos gobiernos raquíticos y míseros, conceptuados como incapaces desde su formación, condenados a vivir más atentos a obtener el beneplácito de los Poderes de la Unión que a servir y defender los intereses de Cuba. En una palabra, sólo tendríamos una ficción de gobierno, y pronto nos convenceríamos de que era mejor no tener ninguno, y ser administrado oficial y abiertamente desde Washington que por desacreditados funcionarios cubanos dóciles instrumentos de un Poder extraño e irresponsable.

Tercero. Para la protección de vida, propiedad y libertad individual. Exigir este derecho de intervención en lo que constituye la misión primordial de todo gobierno, era para Juan Gualberto Gómez

> deshonrar antes de que nazcan a todos los gobiernos cubanos, condenándolos a un estado de inferioridad tan bochornoso, que ningún cubano digno y meritorio se prestará a figurar en ellos, y tan entorpecedor, que serán ineficaces cuantos esfuerzos intente para cumplir los deberes más elementales que incumban a los gobiernos.

Y produciría, además, según previó Juan Gualberto Gómez, lo que la dolorosa realidad demostró:

> Como nadie los tomaría en serio, sabiendo que, en definitiva, la última palabra respecto a sus actos, la diría el gobierno de Washington, interín éste no interviniera, aquí de hecho no habría quien gobernase.

Y, efectivamente, hasta 1959, aun después de la abrogación oficial de la *Enmienda,* en 1934, quienes gobernaron en realidad fueron la Cancillería de Washington y las fuerzas poderosísimas de los intereses financieros norteamericanos mediante *trusts,* monopolios de empresas de servicios públicos y artículos de primera necesidad, empréstitos, latifundios, etc.), utilizando a nuestros políticos y gobernantes como lacayos prestos a servirles a cambio de apoyo y auxilio, ya para conservar el poder, ya para escalarlo.

No podemos detenernos más aquí en el examen de este trascendental documento, que consideramos como uno de los más importantes en la lucha contra el imperialismo norteamericano, obra maestra de talento y de previsión inspirada en el más ardiente patriotismo. Pero recomendamos a todos los cubanos de hoy su lectura para que admiren más a algunos cubanos de ayer. El gran separatista combatió denodadamente la *Enmienda,* no sólo en su ponencia escrita, sino en todos los debates orales que efectuó la Convención desde marzo hasta junio de aquel año.

Después de un largo y angustioso forcejeo, que incluyó el viaje, inútil y amargo, de un grupo de constituyentes a Washington, de donde regresaron humillados y desesperados, la Convención aprobó al fin el 12 de junio de 1901, y por dieciséis votos contra doce, si bien casi todos los que votaron afirmativamente se sintieron obligados a explicar sus votos, demandando que sus manifestaciones se incluyesen en el acta.

Eliseo Giberga, José N. Ferrer, Manuel Sanguily, Domingo Méndez Capote, José Miguel Gómez, José de J. Monteagudo, Martín Morúa Delgado, Emilio Núñez, Gonzalo de Quesada y Leopoldo Berriel, al explicar sus votos afirmativos se expresan en términos casi idénticos: han aceptado la *Enmienda Platt* porque toman por buenas las explicaciones que McKinley, Root y Platt han dado de que dicho apéndice no merma en nada la soberanía de Cuba, ni significa intromisión por parte del Gobierno de los Estados Unidos en los asuntos interiores del país, considerándola como complemento de los compromisos y ofrecimientos solemnes hechos por los Estados Unidos en su Resolución Conjunta de 20 de abril de 1898, y porque su aceptación es la única

fórmula en esos momentos para hacer posible la existencia de la República, según las terminantes declaraciones hechas en nombre del Gobierno norteamericano por el Secretario de la Guerra, Elihu Root.

Sanguily agregó a las razones explicativas de su voto favorable a la *Enmienda*, ésta: "y sobre todo, porque es una imposición de los Estados Unidos contra la cual toda resistencia sería definitivamente funesta para las aspiraciones de los cubanos". Se adhirieron a esas manifestaciones José Miguel Gómez y José de J. Monteagudo.

Recordemos, otra vez, que los dos verdaderos, constantes e irreducibles líderes antiplatistas en la Convención fueron Salvador Cisneros Betancourt y Juan Gualberto Gómez.

Y dejemos aquí constancia del resultado de la votación:

A favor:	*En contra:*
José M. Gómez.	José B. Alemán.
Pedro G. Llorente.	José Lacret.
M. Morúa Delgado.	Rafael Portuondo.
J. de J. Monteagudo.	Luis Fortún.
G. de Quesada.	Juan Gualberto Gómez.
Leopoldo Berriel	Rafael Manduley.
Alejandro Rodríguez.	Manuel R. Silva.
Manuel Sanguily.	José Fernández de Castro.
Pedro Betancourt.	Eudaldo Tamayo.
Emilio Núñez.	Alfredo Zayas.
Diego Tamayo.	Salvador Cisneros.
Joaquín Quílez.	
Eliseo Giberga.	
Enrique Villuendas.	
D. Méndez Capote.	
José N. Ferrer.	

Dejaron de asistir a la sesión los señores:

Juan Rius Rivera.
Miguel Gener.
José Luis Robau.
Antonio Bravo Correoso.

Robau y Gener habían votado en contra en una anterior votación efectuada el 25 de mayo en que se planteaba la aprobación de la *Enmienda* con aclaraciones y ligeras modificaciones.

Justificadamente puede aceptarse que todos los miembros de la primera Convención Constituyente cubana, actuaron impulsados por móviles patrióticos, creyendo de buena fe muchos de ellos que la solución a que se acogían era la mejor, o la única posible, para que a nuestro pueblo se le abriesen, más o menos amplias, con más o menos cortapisas, las vías de la libertad. Pero no es posible negar que nuestras simpatías siguen, en aquel momento de la historia de Cuba, a los que se mantuvieron desesperadamente fieles al ideal de independencia absoluta que había encarnado en Martí y en nuestros mejores libertadores. Y resplandece, inmarcesible, el hecho de que Juan Gualberto Gómez fué el héroe de aquella incruenta pero angustiosa jornada en que, hombre de paz, se igualó en esfuerzo viril y en resistencia inquebrantable a los más bravos combatientes de los campos de Cuba Libre. Y, asimismo, continuó siendo hasta el final de su vida un irreductible antimperialista.

VIII

BAJO LA REPUBLICA.

EN MANUEL SANGUILY Y ENRIQUE JOSE VARONA.

LOS PRIMEROS VISLUMBRES DEL PRESENTE.

Dos magnas figuras intelectuales de la lucha independentista sobreviven, con Juan Gualberto Gómez, a la contienda bélica y al período de ocupación norteamericana, y son, durante la primera etapa republicana, objeto de veneración por sus altísimos valores, si bien en aquella república mentida era imposible que quienes detentaban el poder siguieran sus sabias directrices ni aunque llegara eficazmente su prédica hasta las grandes mayorías populares. Recordemos de nuevo, que al pueblo lo habían "casado con la mentira", haciéndole olvidar, durante largo período, hasta aquella exaltación nacionalista que lo había sostenido en los días dolorosos de la ocupación militar norteamericana. Nada más triste, más amargo, en toda la historia de Cuba que aquella primera época republicana, en que hasta aquel pueblo que tan heroicamente había combatido por su libertad se había dejado infiltrar de conformismo, de escepticismo y de corrupción. Aquellos dos grandes hombres que por muchos años parecieron "clamar en el desierto" de nuestra vida pública fueron, ambos, vigorosos antimperialistas.

Al primero, Manuel Sanguily, el gran orador y literato, coronel de la Guerra de los Diez Años, ya lo hemos citado al referirnos a la *Enmienda Platt*. Sanguily, después de haber roto muchas lanzas contra la nefanda *Enmienda* que era, según los propios norteamericanos, el "sustitutivo" de la anexión, votó al fin a favor de ella en la constituyente. Quien haya conocido a Sanguily como yo tuve la dicha suprema de conocerlo, ha de aquilatar que fué ése el trance más duro de su vida. ¿Quién, más que él, contrario a la *Enmienda Platt*, tanto como Juan Gualberto Gómez y Salvador Cisneros? ¡Y tener que aceptarla con más insuperable valor que el que demostró durante tantas veces frente a los fusiles españoles en la Guerra Grande, y no por el qué dirán de

sus compatriotas, sino por sobreponer a sus más hondos sentimientos su convicción de que era lo que en aquellos momentos convenía a Cuba!

Se cuenta que al preguntársele una vez por qué había aprobado la *Enmienda Platt*, Sanguily, nublándosele la voz, respondió: Para que Cuba no fuera lo que es Puerto Rico". Y cuando vemos, aún hoy, a la isla hermana debatirse como entre dos polos opuestos, de Muñoz Marín el traidor, a Albizu Campos el mártir, no sabríamos decir, a pesar de que preferimos las posturas temerariamente firmes y las soluciones rotundas, si tuvieron razón Sanguily y sus compañeros, y si aquella república fingida y deshecha que padecimos no fué el más fácil camino hacia la libre nación de hoy. Pero surge otra pregunta: ¿Habrían procedido los Estados Unidos con Cuba exactamente como con Puerto Rico? Y la duda queda en pie...

Ya constituída la República, al discutirse en el Senado el 16 de julio de 1903 el Tratado de las Carboneras que por el artículo VII de la *Enmienda Platt* Cuba se comprometió a concertar con los Estados Unidos, Sanguily reafirmó, precisándola, su posición adversa a la *Enmienda Platt* y su razón al votarla:

> Todos somos contrarios a la *Enmienda Platt*, todos hemos sido contrarios a la *Enmienda Platt*, nos hemos dividido en cuanto a los que creían que rechazando la *Enmienda Platt* se hacía algo bueno y algo grande y los que creíamos lo contrario, y hemos acertado, pero todos con el mismo sentimiento, y con la misma profundísima idea de la patria libre, redimida e independiente.

Después, en numerosas ocasiones, cada vez que lo juzgó necesario, desde el propio Senado, como Secretario de Estado y en artículos y discursos, Sanguily siguió librando, contra la *Enmienda Platt* y sus fatales repercusiones en la vida nacional, tesonera batalla, como parte de su defensa de Cuba contra el imperialismo yanqui, pues como bien exteriorizó en carta a Luis Machado,

> la razón esencial — de la *Enmienda* —, su profunda causa eficiente, son el resultado, el producto necesario de todo un siglo de la política de los Estados Unidos, engendrada por su posición, sus necesidades, las ambiciones de sus astutos hombres de Estado, su inmenso y creciente poderío, en frente y en continuos conflictos con la vacilante política europea y con la ciega política de España, desmedrada e impotente, llegando en su orgullo los americanos al extremo de declarar Mr. Olney, secretario de Relacio-

nes Exteriores, cuando el ruidoso incidente de límites entre Venezuela e Inglaterra: "Nosotros en América somos el soberano".

Y en ese mismo escrito advirtió a los cubanos que debían vivir desconfiados y alertas para prever y evitar ese latente peligro que el imperialismo de los Estados Unidos significaba para Cuba, porque

> yo no dudo que, como entonces decían [se refiere a la guerra de 1898] pueda aparecer que nos tienen por aliados, si así les conviniere; pero que si no les conviniere, nos muestren escasa consideración y hasta desdeñosa superioridad.

Y Sanguily fué el primero en montar guardia permanente y salirle al encuentro a ese peligroso enemigo cada vez que se exteriorizaban sus aviesos propósitos de absorción y explotación de nuestra tierra y nuestra economía.

No se había celebrado aún el primer aniversario del nacimiento de nuestra nacionalidad, cuando en 3 de marzo de 1903 Sanguily reveló ser, con su proyecto de ley prohibiendo la venta de tierras a los extranjeros y su oposición al Tratado de Reciprocidad Comercial, presentado por los Estados Unidos, el cubano de más clara y sabia visión política, y por ello, el más completo de nuestros estadistas en aquella época, el primero en la República que dió a los problemas económicos la excepcional importancia que tienen y la consideración especial que merecen como garantía básica de la consolidación política del Estado.

Aquel proyecto, de haberse aprobado entonces, y convertido en ley, y llevados a la práctica sus principios y sus disposiciones, hubiera sido una de las más sólidas y más estables bases de la nacionalidad y uno de los más firmes sostenes de nuestra libertad, nuestra independencia y nuestra soberanía, porque con ese proyecto de ley se ponía coto, en comienzos, a lo que constituyó después uno de los más graves y peligrosos males padecidos por la República: la pérdida de la tierra y la economía nacionales, hasta el día 17 de mayo de 1959, en que la Revolución decretó la Reforma Agraria.

Pero la Comisión de Códigos del Senado fué sepultada, *per secula seculorum*, esta admirable y patriótica iniciativa de Manuel Sanguily, perdiéndose en el desierto de la indiferencia, la apatía y los intereses personales, la voz profética y previsora de aquel esclarecido cubano.

La otra ocasión en que Sanguily rompió lanzas, como senador, en defensa de nuestra economía, lo que equivale a decir en defensa de

nuestra personalidad política y de la propia independencia y libertad nacionales, fué al discutirse en nuestra Cámara alta, el Tratado de Reciprocidad Comercial impuesto por la Cancillería norteamericana a la nuestra.

Pronunció entonces dos famosísimos discursos en los que dió, de nuevo la voz de alerta sobre otro y gravísimo peligro que para nuestra nacionalidad representaba la absorción y explotación de su economía por los *trusts* y el capital norteamericano. Convenio de arrendamiento de Estaciones Navales y Carboneras a los Estados Unidos, del Tratado de Isla de Pinos, y del pago a negociantes norteamericanos de los bonos emitidos por la Junta Revolucionaria Cubana de Nueva York durante la Guerra de Independencia, para lograr del Congreso de aquel país la declaración de beligerancia a favor de Cuba.

Con motivo de esta patriótica carta, diversos amigos y admiradores de Sanguily le ofrecieron un banquete, que tuvo lugar el 15 de abril en el que pronunciaron sendos discursos José Manuel Carbonell, Antonio Zambrana y Mariano Aramburo; dando, por último las gracias el propio Sanguily; el gran tribuno aprovechó esa oportunidad para robustecer, con nuevos argumentos, la tesis sostenida en su carta, y para dar a sus compatriotas sobrios y útiles consejos tendientes a la conservación de nuestra independencia y soberanía.

En aquellos momentos Cuba atravesaba una situación dificilísima: sufría una intervención norteamericana que aunque no le había arrebatado sus atributos externos de soberanía, sí había producido dentro de la República un desconcierto mayor que el ya causado por la revolución del año 1906 y los antecedentes políticos y electorales que la produjeron, debilitando notablemente la fe en el propio esfuerzo para llevar adelante la República, y fomentando los vicios políticos existentes, con miras interesadas por parte de los funcionarios norteamericanos y sus amigos y socios que invadieron la Isla con propósitos de realizar, como realizaron, grandes negocios a costa del tesoro cubano.

La carta y el discurso de Sanguily, completándose uno a otro en sus propósitos, fueron a manera de credo patriótico que sirvió para darle a los norteamericanos la voz de ¡alto! en sus propósitos imperialistas más abiertos e inmediatos.

En 22 de enero de 1910, fué nombrado Sanguily por el Presidente General José Miguel Gómez, Secretario de Estado. Su actuación al frente de nuestra Cancillería, hasta el 20 de mayo de 1913, en que ocupó el poder el Presidente Mario G. Menocal, señala uno de los períodos más intensos y de más difíciles problemas que se le han presentado a nuestra República en sus relaciones internacionales, ya que entonces se acentuó, de una manera marcadísima, la intromisión de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores, administrativos y políticos.

La reclamación llamada tripartita de Francia, Inglaterra y Alemania, por daños causados a sus ciudadanos durante la Guerra de Independencia; la agitación veteranista; la agresión al Encargado de Negocios norteamericano Mr. Gibson por el periodista Sr. Enrique Mazas; la concesión a la Compañía Agricultora de Zapata, para la desecación de la ciénaga de este nombre, y la revuelta racista, dieron ocasión y pretexto a repetidas intromisiones del Ministro americano en nuestros asuntos, en una forma fuera de la acostumbrada, aunque, en algunas épocas posteriores, se siguió, desgraciadamente, como norma constante.

De todas las intromisiones americanas en aquella época, hay dos que merecen especial mención: las ocurridas con motivo de la campaña veteranista y de la revuelta racista.

En ambas Sanguily sirvió leal y patrióticamente a la República, salvando nuestro decoro y personalidad de pueblo soberano y libre; pero en la segunda de ellas, en la revuelta racista, su actitud, ante la amenaza del Gobierno de los Estados Unidos de desembarcar tropas en nuestro territorio para proteger las vidas y haciendas de los ciudadanos de su país, fué de tan alto valor cívico y patriótico, que por ella solamente — aun prescindiendo de todos sus otros excepcionales merecimientos — sería acreedor a la eterna gratitud de sus conciudadanos.

En valiente nota cablegrafiada por él redactada y que firmó el Presidente Gómez, se opuso a ese desembarco, por considerarlo no sólo innecesario, sino, además, atentatorio a nuestra soberanía. Y al fin el Gobierno americano tuvo que reconocer la justicia de nuestra demanda, y nos dejó solos, para que solos resolviéramos nuestros problemas interiores de aquel momento.

Así, a lo largo de una muy prolongada vida y de una intensísima actividad pública —cívica y oficial—, y frente a tantos políticos venales, ambiciosos, y a tantos gobernantes interesados o sumisos que lo rodearon, el ejemplo de Sanguily se alza deslumbrantemente luminoso.

*

* *

Manuel Sanguily murió en 1925; pero aún quedaba en pie la otra gran figura intelectual de la última etapa de la lucha independentista: el pensador Enrique José Varona. Procedente de las filas autonomistas, se convirtió sinceramente al separatismo y fué eficaz colaborador de Martí en el Partido Revolucionario Cubano, y su continuador al frente del periódico *Patria*, y en general, de la propaganda revolucionaria. Autor de la primera verdadera reforma de la enseñanza realizada en Cuba —e inspirada por cierto, en algunos de los propósitos de la más reciente, realizada por el actual Gobierno Revolucionario en 1961—, y político tan independiente que combatió desde la propia Vicepresidencia de la República al Partido Conservador que él había fundado y que lo había llevado al poder, Varona se preocupó primordialmente de que no resultasen escamoteados por sus eternos enemigos —los guerrilleros y voluntarios— los ideales de la Revolución Libertadora, liquidándose totalmente la colonia y poniéndose además barrera infranqueable al nuevo peligro que para la vida interna e internacional del Estado significaba el desbordamiento del imperialismo norteamericano en sus diversas manifestaciones de absorción de la tierra y la economía, de explotación del pueblo por monopolios y *trusts* de ingerencias e intervencionismos. En cada momento en que Varona oteaba el brote de alguno de estos males, le salía al encuentro con su pluma, su palabra y su actuación.

Y no menor preocupación reveló Varona porque en los pueblos de nuestra América imperase la libertad y la justicia, frente y contra los intereses del imperialismo. Lo prueba bien a las claras el hecho de haberse puesto en 1927 a la cabeza del movimiento nacional que un grupo de cubanos iniciamos en pro de la independencia de la tierra hermana de Puerto Rico, sagrado compromiso que se arraiga en nuestra tradición revolucionaria antimperialista y tiene en Martí su más excelso apóstol, ya que, como sabemos él señaló una misión trascendental

que cumplir a "estas dos Antillas", como freno a los designios imperialistas de los Estados Unidos.

Sin el ardor impetuoso de Sanguily, Varona fué pues un firme y perseverante antimperialista. Escuchemos a Carlos Rafael Rodríguez en su estudio *Varona y la trayectoria del pensamiento cubano*:

> Varona, como Martí y Maceo, advierte el peligro que entraña la vecindad de la desbordante economía norteamericana. Aunque su estudio sobre *El Imperialismo a la luz de la Sociología* no logra apresar el fenómeno en sus verdaderas características, pone bien de relieve el mecanismo absorbente de las grandes potencias. Como en todas sus indagaciones anteriores, el aspecto económico del problema recibe la atención adecuada, porque Varona, superando con ello una vez más el positivismo, siempre atendió al sustrato económico de la historia, y aún al contradecir la tesis marxista admitía que su interpretación era "la exageración de un hecho cierto".

En ese trabajo, expuesto en 1905 desde la tribuna universitaria, Varona señaló la necesidad en que los cubanos se encontraban de prestar la máxima atención al fenómeno imperialista norteamericano para impedir que en el futuro nos absorbiera hasta acabar con la propia nacionalidad.

En 1915, cuando Varona ingresa en la Academia Nacional de Artes y Letras, y contempla con pavor ya consumada esa absorción imperialista yanqui de Cuba, alza de nuevo su palabra de admonición y flagela con ella a sus compatriotas por haber permitido, sin posibilidades de enmienda, que Cuba, República, fuese en realidad colonia superviva de la reacción españolizante, y a la vez, colonia económica del imperialismo yanqui.

Conservo como tesoro inapreciable la crítica que en 1919 hizo Enrique José Varona de mi libro, en ese año publicado, *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América.* Aplaudiendo mis ataques a ese atropello realizado por Norteamérica con la patria de Máximo Gómez, escribió Varona estas palabras, que constituyen la apoteosis de la lucha antimperialista:

> Ha servido Roig de Leuchsenring a Cuba al señalar y criticar la absorción yanqui imperialista en aquel pueblo vecino: no se puede ser buen cubano sin ser antimperialista.

Basta esta última frase — que felizmente ya han tomado por lema nuestros compatriotas — para revelar cuanto había de lúcido, de sólido y profundo en el antimperialismo de Enrique José Varona.

*
* *

Al viejo pensador se le alarga la vida hasta 1933. Ha tenido tiempo de acoger y estimular con su simpatía, con su enorme prestigio, a los universitarios rebeldes que, en la lucha contra Machado introducen la aspiración nacionalista, la protesta antiamericana; de ver ya alzada por juveniles manos, rebosantes de energía, como las del recio luchador que fuera Julio Antonio Mella, la bandera antimperialista, y hasta de observar los primeros entre los únicos actos antimperialistas que, antes de 1959, efectuó jamás un gobierno cubano. El movimiento revolucionario de 1933, la llamada "Revolución Auténtica", con todas sus contradicciones, su desorientación, sus debilidades y defectos, llevaba, como uno de los postulados de su confuso ideario, el antimperialismo. Y la más pura y alta figura de aquel intento seudo-revolucionario, Antonio Guiteras, probablemente el único revolucionario verdadero entre los que ocuparon el poder, realizó, desde la Secretaría de Gobernación, actos decididos de pura cubanía, actos de positivo antimperialismo, como la incautación de poderosas compañías norteamericanas, tales como la de Teléfonos y la de Electricidad. Es el precedente único, y efímero, en toda la historia de Cuba, de la magnífica actuación del actual Gobierno Revolucionario. Aquel régimen sólo duró ciento treinta y tres días. Sus contradicciones internas, su flaqueza congénita, sus fuertes enemigos exteriores y la traición de Batista dan muy pronto al traste con el Gobierno Auténtico; dos años después caerá asesinado Guiteras por la reacción, aliada al imperialismo; y el recuerdo de su hazaña quedará en la memoria del pueblo como una inmensa frustración más.

Por otra parte, un capítulo distinto, aunque mucho más externo y formal, de la lucha antimperialista, — la campaña por la abolición de la *Enmienda Platt*, en la que se distinguieron, especialmente, Cosme de la Torriente y Manuel Márquez Sterling — se cerraba satisfactoriamente en 1934, tras del largo proceso que detalladamente he descrito en mi libro *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana*, primeramente editado en 1935. Aunque la realidad del

yugo imperialista sobre Cuba continuaba invariable, siquiera se satisfacía un tanto, con la abolición oficial de la odiosa y deprimente *Enmienda*, la lastimada dignidad nacional. Era, al menos, borrar una mancha infamante del rostro de la Patria, aunque siguiera ésta llevando hundido en el costado el puñal.

*

* *

Pero, aun en vida de Varona, ha ocurrido un hecho que influirá poderosamente en el futuro de la lucha antimperialista en Cuba. Pasó la época de los combatientes antimperialistas aislados, que sólo por convicción personalísima se enfrentaban, diríase que como caballeros andantes, al monstruo imperialista, que o los destrozaba o los desdeñaba, y continuaba impertérrito su camino de explotación y opresión. El gesto antimperialista de Mella, de Martínez Villena, no ha sido mera expresión individual. Al fundar, con otros admirables compañeros, el partido político que inspirado por la Revolución Rusa, bajo diversos nombres sucesivos llevará adelante los ideales del socialismo, ha dado a la lucha antimperialista un órgano de acción: de allí en adelante, no quedará circunscrita al discurso, al libro, a las campañas de un intelectual o de un patriota, sino que irá penetrando en las multitudes para llegar a convertirse en consigna popular. Más adelante, el antimperialismo subirá con los rebeldes a la Sierra Maestra y bajará hecho norma de gobierno, triunfante realidad nacional. Hoy, cuando el antimperialismo es principio básico animador de la vida cubana, he querido mostrar a mis compatriotas que a la vez que tiene fuertes fundamentos doctrinales que abarcan su alcance internacional, tiene también hondas raíces en nuestra tierra, que aquí le dan fuerte sabor cubano; que para Cuba, es el legado de sus hijos mejores y se funde con la esencia misma de la nacionalidad.

NO CIRCULANTE
BIBLIOTECA PUBLICA R. M. VILLENA LA HABANA VIEJA

INDICE

Pág.

Nota Preliminar, por *Emilio Roig de Leuchsenring*	7
I. – Raíces de Nuestro Antimperialismo	9
II. – En Félix Varela	13
III. – En José Martí	19
IV. – En Antonio Maceo	35
V. – En Calixto García	49
VI. – En Máximo Gómez	59
VII. – Entre la Guerra Libertadora y la República. En Juan Gualberto Gómez	65
VIII. – Bajo la República. En Manuel Sanguily y Enrique José Varona. Los Primeros Vislumbres del Presente	79

MINISTERIO DE HACIENDA
CUBA
Año de la Planificación

Folleto
327.7291073
Roi
T

H59451
Ej. 1

Roig de Leuchsenring, Emilio.
Tradición antimperialista de nuestra historia.

Las obras editadas por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana se distribuyen gratuitamente.

NO SE VENDEN